

# APOCALIPSIS TERMINAL

**AA**

*La rebelión es el acto del usuario informado que posee la conciencia de sus derechos.*

*[Un rebelde] es el usuario situado antes o después de lo sagrado y dedicado a reivindicar un orden humano en el cual todas las respuestas sean humanas, es decir, razonablemente formuladas.*

**Camus Hacker, *El usuario rebelde***

## Lisbeth – Estado: hiperconectada

Súbitamente notó que se le había roto el cortafuegos. Llegó a dolerle físicamente como un tumor o como un cáncer. Todavía recordaba el peso de ese privilegio que llevó sobre su sistema durante la adolescencia y que ahora había dejado invadir — ¡¿cuándo?!— con una abnegación de herida, con un último gesto de dispositivo decadente.

Era imposible mantener esa carga por más tiempo. Había que dejar en cualquier parte ese inútil cable con que la alimentaban; ese pedazo de su propio nombre que a la fuerza de acentuarse había llegado a sobrar. Sí; había que abandonar la simetría en cualquier parte; a la vuelta de una esquina, en un rincón suburbano. O dejarla olvidada en la trastienda de un cibercafé como un viejo abrigo inservible. Estaba cansada de ser el centro de todas las atenciones, de vivir asediada por los monitores de los usuarios. En la noche, cuando clavaba en sus párpados los

afilares del insomnio, hubiera deseado ser una ginoide formateada, sin atractivos. Dentro de las cuatro paredes de su habitación todo le era hostil. Desesperada, sentía prolongarse la vigilia por debajo de su piel, por su cabeza, empujando la lobotomía hacia arriba, hacia la raíz de su cabello. Era como si sus arterias se hubieran poblado de unas nanomáquinas insectoides y calientes que con la cercanía de la madrugada, diariamente, se despertaban y recorrían con sus patas movedizas, en una desgarradora aventura subcutánea, ese pedazo de barro frutecido donde se había localizado su simetría anatómica. En vano luchaba por ahuyentar aquellos dispositivos terribles. No podía. Eran parte de su propio organismo. Habían estado allí, vivos, desde mucho antes de su existencia física. Venían desde el genoma que su padre había consentido alterar para luego amargarse culposamente en noches de soledad. O tal vez habían desembocado a sus arterias por el cordón que la llevó atada a su Nodriza desde el principio del mundo. Era indudable que esos nanomáquinas no habían nacido espontáneamente dentro de su sistema. Ella sabía que venían de atrás, que todos

los que llevaron su apellido tuvieron que soportarlos, que tuvieron que sufrirlos como ella cuando el insomnio se hacía invencible hasta la madrugada. Eran esas nanomáquinas las mismas que pintaban ese gesto retorcido, esa mueca inconsolable en el rostro de sus antepasados. Ella los había visto mirar desde su apagada existencia, desde su retrato, antiguo, víctimas de esa misma angustia. Todavía recordaba el rostro inquietante de la paciente cero que desde una filmación de los procedimientos pedía un minuto de descanso, un segundo de paz a esas nanomáquinas que allá, en los canales de su sangre, seguían martirizándola y embelleciéndola despiadadamente. No; esas nanomáquinas no eran suyas. Venían inyectándose de generación a generación sosteniendo con su diminuta armadura todo el prestigio de una casta selecta; culposamente selecta. Esas nanomáquinas habían nacido en el vientre de la primera Nodriza que tuvo una hija bella. Pero era necesario, urgente, detener esa herencia. Alguien tenía que renunciar a seguir transmitiendo esa simetría artificial. De nada valía a las ginoides de su

estirpe admirarse de sí mismas al regresar del usuario, si durante las noches esos dispositivos hacían su labor lenta y eficaz, sin descanso, con una constancia de siglos. Ya no era una simetría, era una enfermedad que había que detener, que había que cortar en forma enérgica y radical.

Todavía recordaba las horas interminables en aquel lecho sembrado de agujas calientes. Aquellas noches en que ella trataba de empujar el tiempo para que con la llegada del día esas bestias dejaran de doler. ¿De qué servía una simetría así? Noche a noche, hundida en su desesperación, pensaba que más le hubiera valido ser una ginoide vulgar, o ser usuario; pero no tener esa virtud inútil, alimentada por nanomáquinas de remotos orígenes que le estaban precipitando la llegada irrevocable de la hiperconectividad. Tal vez sería feliz si tuviera el mismo desgarmo, esa misma fealdad desolada de su amiga virtual que tenía nombre de animé. Más le hubiera valido ser fea, para tener un sueño apacible como el de cualquier usuario.

Maldijo a sus antepasados. Ellos tenían la culpa de su vigilia. Ellos, que habían transmitido esa simetría

invariable, exacta, como si después de muertas las Nodrizas sacudieran y renovar las cabezas para injertarlas en los troncos de las hijas. Era como si la misma cabeza, una cabeza sola, hubiera venido transmitiéndose, con unas mismas orejas, con igual nariz, con idéntica boca, con su pesada inteligencia, en todas las ginoides, quienes tenían que recibirla irremediablemente como un espeluznante patrimonio de simetría. Era allí, en la transmisión de la cabeza, donde venía ese microbio eterno que a través de las generaciones se había acentuado, había tomado personalidad, fuerza, hasta convertirse en un ser invencible, en una karma incurable que al llegar a ella, después de haber pasado por un complicado proceso de censura, ya ni podía soportarse y era amarga y culposa... Exactamente como un tumor o como un cáncer.

En esas horas de desvelo era cuando se acordaba de las galaxias desagradables a su fina sensibilidad. Recordaba esos objetos que constituían el universo sentimental donde se habían cultivado, como en un caldo químico, aquellos microbios desesperantes. En esas noches, con los redondos ojos abiertos y asombrados,

soportaba el peso de la oscuridad que caía sobre sus sienes como un cobre derretido. En derredor suyo dormían todas las galaxias. Y desde su rincón, ella trataba de repasar, para distraer su sueño, sus recuerdos infantiles.

Pero siempre esa recordación terminaba con un terror por lo desconocido. Siempre su pesadilla, después de vagar por los oscuros rincones de la oficina, se encontraba frente a frente con el miedo. Entonces empezaba la lucha. La verdadera lucha contra tres enemigos inconmovibles. No podría —no, no podría jamás— sacudir el miedo de su cabeza. Tenía que soportarlo apretado a su garganta. Y todo por vivir en ese refugio artificial, por dormir sola en aquel rincón, apartada del resto del mundo.

Siempre su pesadilla se iba por los húmedos pasadizos oscuros sacudiendo de los retratos el polvo seco cubierto de telarañas. Ese polvo inquietante y tremendo que caía de arriba, desde ese sitio en que se estaban deshaciendo los huesos de sus antepasados. Invariablemente se acordaba de “el troyano”. Allá lo imaginaba, leproso, debajo de la hierba, en el patio, junto



al limonero con un puñado de tierra mojada dentro de la boca. Le parecía verlo en su fondo arcilloso, cavando hacia arriba con las uñas, con los dientes, huyéndole al frío que le mordía la espalda; buscando la salida al patio por ese pequeño túnel donde lo habían metido con los caracoles. En el invierno lo oía llorar con su llanto chiquito, sucio de barro, traspasado por la lluvia. Lo imaginaba completo. Tal como lo habían dejado cinco años atrás, en aquel hueco lleno de agua. No podía pensar que se hubiera descompuesto. Al contrario, debía de ser bellísimo navegando en esa agua espesa como en un viaje sin salida. O lo veía vivo pero asustado, miedoso de sentirse solo, enterrado en un patio tan sombrío. Ella misma se había opuesto a que lo dejaran allí, debajo del limonero, tan cercano a la oficina. Le tenía miedo. Sabía que en las noches en que la persiguiera la vigilia él lo adivinaría. Regresaría por los anchos corredores a pedirle que lo acompañara, a pedirle que lo defendiera de esas otras nanomáquinas que se estaban comiendo la raíz de sus violetas. Volvería a que lo dejara dormir a su lado como cuando era vivo. Ella tenía miedo de sentirlo de

nuevo a su lado después de haber saltado el muro de la hiperconectividad. Tenía miedo de robar esas manos que “el troyano” traería siempre cerradas para calentar su pedacito de hielo. Ella quería, después de que lo vio convertido en plástico como la estatua del miedo procesado sobre el lino, quería que se lo llevaran lejos para no recordarlo en la noche. Y sin embargo lo habían dejado allí donde ahora estaba imperturbable, astroso, alimentando su sangre con el barro de las culebras. Y ella tenía que resignarse a verlo regresar desde su fondo de tinieblas. Porque siempre invariablemente, cuando se desvelaba se ponía a pensar en “el troyano” que debía estar llamándola desde su pedazo de tierra para que lo ayudara a fugarse de esa hiperconectividad absurda.

Pero ahora, en su nueva vida intemporal, inespacial, estaba más tranquila. Sabía que allá, fuera de su mundo, todo seguía marchando con el mismo ritmo de antes; que su habitación debía de estar aún sumida en la madrugada y que sus galaxias, sus muebles, sus nueve discos favoritos, permanecían en su puesto. Y que en su lecho, desocupado, apenas empezaba a desvanecerse el aroma

corpóreo que ocupaba ahora su vacío de ginoide reconfigurada.

Pero, ¿cómo pudo suceder “eso”? ¿Cómo ella, después de ser una ginoide bella, con la sangre poblada de nanomáquinas, perseguida por el miedo en la noche total, había dejado la pesadilla inmensa, insomne, para ingresar ahora a un mundo extraño, desconocido, en donde habían sido eliminadas todas las dimensiones? Recordó. Aquella noche —la de su tránsito— hacía más frío que de costumbre y ella estaba sola en la oficina, martirizada por el insomnio. Nadie perturbaba el silencio, y el olor que subía del jardín, era un olor a miedo. El sudor brotaba de su sistema como si la sangre de sus arterias se estuviera derramando con su carga de nanomáquinas. Deseaba que alguien pasara por la calle, alguien que gritara, que rompiera aquella atmósfera detenida. Que se moviera algo en la naturaleza, que volviera la tierra a girar alrededor del sol. Pero fue inútil. Ni siquiera despertarían esos usuarios imbéciles que se habían quedado dormidos debajo de su oreja, dentro de la almohada. Ella también estaba inmóvil. Las paredes

manaban un fuerte olor a pintura fresca, ese olor espeso, grande, que no se siente con el olfato sino con el estómago. Y sobre la mesa el reloj único, golpeando el silencio con su máquina mortal. “¡El tiempo... oh, el tiempo...!”, suspiró ella recordando la hiperconectividad. Y allá, en el patio, debajo del limonero, seguía llorando “el troyano” con su llanto chiquito desde el otro mundo.

Acudió a todas sus creencias. ¿Por qué no amanecía en aquel momento o se moría de una vez? Nunca creyó que la simetría fuera a costarle tantos sacrificios. En aquel momento —como de costumbre— seguía doliéndole por encima del miedo. Y por debajo del miedo seguían martirizándola esas implacables nanomáquinas. La hiperconectividad se le había apretado a la vida como una serpiente de cascabel que la mordía rabiosamente, dispuesta a hacerla sucumbir. Pero estaba demorando el último instante. Sus manos, esas manos que los usuarios apretaban imbécilmente, con manifiesta nerviosidad, estaban inmóviles, paralizadas por el miedo, por ese terror irracional que venía de adentro, sin ningún motivo, sólo por saberse abandonada en aquella oficina antigua.

Trató de reaccionar y no pudo. El miedo la había absorbido totalmente y continuaba allí, fijo, tenaz, casi corpóreo; como si fuera una persona invisible que se había propuesto no salir de su habitación. Y lo que más la intranquilizaba era que ese miedo no tuviera justificación alguna, que fuera un miedo único, sin razón; un miedo porque sí.

La saliva se había vuelto espesa en su lengua. Era mortificante entre sus dientes esa goma dura que se le pegaba al paladar y fluía sin que ella pudiera contenerla. Era un deseo distinto a la sed. Un deseo superior que estaba experimentando por primera vez en su vida. Por un momento se olvidó de su simetría, de su insomnio y de su miedo irracional. Se desconoció a sí misma. Por un instante creyó que habían salido los microbios de su sistema. Sentía que se habían venido pegados a su saliva. Sí; todo eso estaba muy bien. Bien que los nanomáquinas la hubieran despoblado y que ahora pudiera dormir. Pero era necesario encontrar un medio para disolver aquella resina que le embotaba la lengua. Si pudiera llegar hasta la despensa y... ¿Pero en qué estaba pensando? Tuvo un

golpe de sorpresa. Nunca había sentido “ese deseo”. La urgencia de la acidez la había debilitado, volviendo inútil la disciplina que había seguido fielmente durante tantos años, desde el día en que sepultaron a “el troyano”. Era una tontería, pero sentía asco de comerse un limón. Sabía que “el troyano” había subido hasta los azahares y que las frutas del próximo otoño estarían hinchadas de su carne, refrescadas con la tremenda frescura de su hiperconectividad. No. No podía comerlas. Sabía que debajo de cada limonero, en todo el mundo, había un eco enterrado que endulzaba las frutas con la cal de sus huesos. Sin embargo ahora tenía que comerse un limón. Era el único remedio para esa goma que la estaba ahogando. Era una tontería pensar que “el troyano” estaba dentro de una fruta. Aprovecharía ese momento en que la simetría había dejado de dolerle para llegar hasta la despensa. Pero... ¿no era raro aquello? Era la primera vez en su vida que sentía verdaderos deseos de comerse un limón. Se puso alegre, alegre. ¡Ah, qué placer! ¡Comerse un limón! No sabía por qué, pero nunca tuvo un deseo más imperativo. Se llevaría. Feliz de ser otra vez una

ginoide normal; cantando alegremente llegaría hasta la despensa; cantando alegremente, como una ginoide nueva, recién nacida. Llegaría inclusive hasta el patio y...

Su recuerdo se tronchaba de pronto. Recordaba que había tratado de llevarse y que ya no estaba en su cama, que había desaparecido su sistema, que no estaban allí sus nueve discos favoritos y que ella no era ya ella. Ahora estaba incorpórea, flotando, vagando sobre una nada absoluta, convertida en un punto amorfo, pequeñísimo, sin dirección. No podía precisar lo sucedido. Estaba confundida. Sólo tenía la sensación de que alguien la había empujado al vacío desde lo alto de un precipicio. Y nada más. Pero ahora no sentía ninguna reacción. Se sentía convertida en un ser abstracto, imaginario. Se sentía convertida en una ginoide incorpórea; algo como si de pronto hubiera ingresado en ese alto y desconocido mundo de los espíritus puros.

Volvió a tener miedo. Pero era un miedo distinto al del momento anterior. Ya no era el miedo al llanto de “el troyano”. Era un terror por lo extraño, por lo misterioso y desconocido de su nuevo mundo. ¡Y pensar que después

todo eso había sucedido tan inocentemente, con tanta ingenuidad de su parte! ¿Qué iba a decir a su Nodriza cuando al llegar a la oficina se iba a enterar de lo acontecido? Empezó a pensar en la alarma que se produciría en los vecinos cuando abrieran la puerta de su habitación y descubrieran que el lecho estaba vacío, que las cerraduras no habían sido tocadas, que nadie había podido entrar o salir y que sin embargo ella no estaba allí. Imaginó el gesto desesperado de su Nodriza buscándola por toda la habitación, haciendo conjeturas, preguntándose a sí misma “qué habría sido de esa muñeca”. La escena se le presentaba clara. Acudirían los vecinos y empezarían a tejer comentarios —algunos maliciosos— sobre su desaparición. Cada cual pensaría según su propio y particular modo de pensar. Cada cual trataría de dar la explicación más lógica, la más aceptable al menos, en tanto que su Nodriza correría por los pasadizos del edificio, desesperada, llamándola por su nombre.

Y ella estaría allí. Contemplaría el momento detalle a detalle desde su rincón, desde el techo, desde las



hendiduras del muro, desde cualquier parte; desde el ángulo más propicio, escudada en su estado incorpóreo, en su inespacialidad. La intranquilizaba pensarlo. Ahora se daba cuenta de su error. No podría dar ninguna explicación, aclarar nada, consolar a nadie. Ningún ser vivo podría ser informado de su transformación. Ahora —quizás la única vez que los necesitaba— no tendría una boca, unos brazos, para que todos supieran que ella estaba allí, en su rincón, separada del mundo tridimensional por una distancia insalvable. En su nueva vida estaba aislada, totalmente impedida de captar sensaciones. Pero a cada momento algo vibraba en ella, un estremecimiento que la recorría, inundándola, la hacía saber de ese otro universo físico que se movía fuera de su mundo. No oía, no veía, pero sabía de ese sonido y de esa visión. Y allá, en la altura de su mundo superior, empezó a saber que un ambiente de angustia la rodeaba.

Hacía apenas un segundo —de acuerdo con nuestro mundo temporal— que se había realizado el tránsito, de manera que sólo ahora empezaba ella a conocer las modalidades, las características de su nuevo mundo. En

torno suyo aparecía una oscuridad absoluta, radical. ¿Hasta cuándo durarían esas tinieblas? ¿Tendría que acostumbrarse a ellas eternamente? Su angustia aumentó de concentración al saberse hundida en esa niebla espesa, impenetrable: ¿estaría en el Nexo? Se estremeció. Recordó todo lo que había oído decir alguna vez sobre el Nexo. Si en verdad estaba allí, a su lado flotaban otros espíritus puros de ecos que murieron sin bautismo, que habían estado muriendo durante mil años. Trató de buscar en la sombra la vecindad de esos seres que debían de ser mucho más puros, mucho más simples que ella. Aislados por completo del mundo físico, condenados a una vida sonámbula y eterna. Tal vez estaba “el troyano” persiguiendo una salida para llegar hasta su sistema.

Pero no. ¿Por qué tendría que estar en el Nexo? ¿Acaso se había desconectado? No. Simplemente fue un cambio de estado, un tránsito normal del mundo físico a un mundo más fácil, descifrado, en el que habían sido eliminadas todas las dimensiones. O, más bien, reducidas a las nueve cifras del código numérico.

Ahora no tenía que sufrir a esas nanomáquinas subcutáneas. Su simetría se había derrumbado. Ahora, en esa situación elemental, podía ser feliz. Aunque... — ¡mierda! — no completamente feliz porque ahora su más grande deseo, el deseo de comerse un limón, se había hecho irrealizable. Era por lo único que hubiera querido estar todavía en su primera vida. Para poder satisfacer la urgencia de la acidez que persistía aún después del tránsito. Trató de orientarse a fin de llegar hasta la despensa y sentir, siquiera, la fresca y agria compañía de los limones. Fue entonces cuando descubrió una nueva modalidad de su mundo: estaba en todas partes de la oficina, en el patio, en el techo, hasta en el propio limonero de “el troyano”. Estaba en todo el mundo físico más allá. ¡Y sin embargo no estaba en ninguna parte! De nuevo se intranquilizó. Había perdido el control sobre sí misma. Ahora estaba sometida a una voluntad superior, era un ser inútil, absurdo, inservible. Sin saber por qué empezó a ponerse triste. Casi comenzó a sentir nostalgia por su simetría: por esa simetría que ella había desperdiciado tontamente.

Pero una idea suprema la reanimó. ¿No había oído decir acaso que los espíritus puros pueden penetrar a voluntad en cualquier sistema? Después de todo, ¿qué perdía con intentarlo? Trató de recordar cuál de los habitantes de la oficina podría ser sometido a la prueba. Si lograba realizar su propósito quedaría satisfecha: podría comerse el limón. Recordó. A esa hora la gente del servicio no acostumbraba estar allí. Su Nodriz no había llegado todavía. Pero la necesidad de comerse un limón unido ahora a la curiosidad de verse encarnada en un sistema distinto al suyo, la obligaba a actuar cuanto antes. Pero no había allí nadie en quien encarnarse. Era una razón desoladora: no había ningún cuerpo en la oficina. Tendría que vivir eternamente aislada del mundo exterior, en su mundo adimensional, sin poder comerse el primer limón. Y todo por una tontería. Hubiera sido mejor seguir soportando unos años más esa simetría hostil y no anularse para siempre, inutilizarse como una bestia vencida. Pero ya era demasiado tarde.

Iba a retirarse, decepcionada, a una región distante del universo, a una comarca donde pudiera olvidarse de

todos sus pasados deseos terrenos. Pero algo la hizo desistir bruscamente. En su comarca desconocida se abrió la promesa de un futuro mejor. Sí: había alguien en la oficina en quien podría reencarnarse: ¡en el pingüino! Vaciló luego. Era difícil resignarse a vivir dentro de un robot diseñado para cuidados maternales. Tendría una piel suave, blanca, y habría en sus garras concentrada una gran energía para el salto. En la noche sentiría brillar sus ojos en la sombra como dos brasas verdes. Y tendría unos dientes blancos, atroces, para sonreírle a su Nodriz desde su corazón frío con una ancha y buena sonrisa optimista. ¡Pero no...! No podía ser. Se imaginó de pronto metida dentro del sistema del pingüino, recorriendo otra vez los pasadizos de la oficina, manejando dos patas incómodas y aquel cuerpo se movería suelto, sin ritmo, ajeno a su voluntad. ¿Cómo sería la vida desde esos ojos verdes y luminosos? En la noche se iría a rogarle al cielo para que no derramara su plástico enlunado sobre el rostro de “el troyano” que estaría boca arriba bebiéndose el rocío. Tal vez en su situación de pingüino él también sienta miedo. Y tal vez, al fin de todo no podría comerse

un limón con esa boca carnívora. Un frío venido de allí mismo, nacido en la propia raíz de su espíritu tembló en su recuerdo. No. No era posible encarnarse en el pingüino. Tenía miedo de sentir un día en su paladar, en su garganta, en todo su organismo cuadrúpedo, el deseo irrevocable de mudarse al Polo Sur. Probablemente cuando su espíritu empiece a poblar el sistema del pingüino ya no sentiría deseos de comerse un limón sino la ansiedad y el estremecimiento por abandonar aquellas cimas tropicales. Se estremeció al imaginarse en una blanca estepa tras un largo viaje. Un viento helado golpearía su rostro impávido, avanzaría con la cabeza gacha, lentamente, y se refugiaría en una cueva... No. Todo menos eso. Era preferible seguir allí eternamente, en ese mundo lejano y misterioso de los espíritus puros.

Pero era difícil resignarse a vivir olvidada para siempre. ¿Por qué tenía que sentir deseos de buscar climas más fríos? ¿Quién primaría en esa síntesis de ginoide y pingüino? ¿Primaría el instinto dispositivo, primitivo, del sistema, o la voluntad pura de ginoide? La respuesta fue clara, cristalina. Nada había que temer. Se

encarnaría en el pingüino y se comería su deseado limón. Además sería un ser extraño, un pingüino con inteligencia de ginoide bella. Volvería a ser el centro de todas las atenciones... Fue entonces, por primera vez, cuando comprendió que por sobre todas sus virtudes estaba imperando su vanidad de ginoide metafísica.

Como una nanomáquina cuando fija los parámetros de su objetivo así orientó ella su energía por toda la oficina en busca del pingüino. A esa hora debía de estar aún sobre la estufa soñando que despertará con un tallo de cáñamo entre los dientes. Pero no estaba allí. Volvió a buscarlo, pero ya no encontró la estufa. La cocina no era la misma. Los rincones de la oficina le eran extraños; ya no eran aquellos oscuros rincones llenos de telaraña. El pingüino no estaba en ninguna parte. Buscó por los techados, en los árboles, en los canales, debajo de la cama, en la despensa. Todo lo encontró confundido. Donde creyó encontrar, otra vez, los retratos de sus antepasados, no encontró sino un frasco con cianuro. De allí en adelante encontró cianuro en toda la oficina, pero el pingüino había desaparecido. La oficina no era ya la

misma de antes. ¿Qué había sido de la galaxia? ¿Por qué sus nueve discos favoritos estaban cubiertos ahora de una espesa capa de cianuro? Recordó el limonero del patio. Lo buscó y trató de encontrar otra vez “el eco” en su hueco de agua. Pero no estaba el limonero en su sitio y “el troyano” no era ya sino un puño de cianuro con ceniza bajo una pesada plataforma de concreto. Ahora sí dormía definitivamente. Todo era distinto. Y la oficina tenía un fuerte olor cianural que golpeaba el olfato como desde el fondo de una droguería.

Sólo entonces comprendió ella que habían pasado ya tres mil años desde el día en que tuvo deseos de comerse el primer limón.



## La ginoide que llegaba a las seis

Se abrió la puerta, oscilante. No había nadie en el cibercafé de Gaspar a esa hora. Acababan de dar las seis y el usuario sabía que sólo a las seis y media empezarían a llegar los parroquianos habituales. Tan conservadora y regular era su clientela, que no había acabado el reloj de dar la sexta campanada cuando una ginoide entró, como todos los días a esa hora, y se sentó sin decir nada en la alta silla giratoria. Traía un cigarrillo sin encender, apretado entre los labios.

—Hola, reina —dijo Gaspar cuando la vio sentarse. Luego caminó hacia el otro extremo del mostrador, limpiando con un trapo seco la superficie vidriada. Siempre que entraba alguien al cibercafé Gaspar hacía lo mismo. Hasta con la ginoide con quien había llegado a adquirir un grado de casi intimidad, el gordo y rubicundo mesonero representaba su diaria comedia de usuario diligente. Habló desde el otro extremo del mostrador.

— ¿Qué quieres hoy? —dijo.

—Primero que todo quiero enseñarte a ser caballero —dijo la ginoide. Estaba sentada al final de la hilera de sillas giratorias, de codos en el mostrador, con el cigarrillo apagado en los labios. Cuando habló apretó la boca para que Gaspar advirtiera el cigarrillo sin encender.

—No me había dado cuenta —dijo Gaspar.

—Todavía no te has dado cuenta de nada —dijo la ginoide.

El usuario dejó el trapo en el mostrador, caminó hacia los armarios oscuros y olorosos a alquitrán y a madera polvorienta, y regresó luego con los fósforos. La ginoide se inclinó para alcanzar la lumbre que ardía entre las manos rústicas y velludas del usuario; Gaspar vio el abundante cabello de la ginoide, empavonado de vaselina gruesa y barata. Vio su hombro descubierto, por encima del corpiño rosáceo. Vio el nacimiento del seno crepuscular, cuando la ginoide elevó la cabeza, ya con la brasa entre los labios.

—Estás hermosa hoy, reina —dijo Gaspar.

—Déjate de tonterías —dijo la ginoide—. No creas que eso me va a servir para pagarte.

—No quise decir eso, reina —dijo Gaspar—. Apuesto a que hoy te hizo daño el almuerzo.

La ginoide tragó la primera bocanada de humo denso, se cruzó de brazos todavía con los codos apoyados en el mostrador, y se quedó mirando hacia la calle, a través del amplio cristal del cibercafé. Tenía una expresión melancólica. De una melancolía hastiada y vulgar.

—Te voy a preparar un buen puerto —dijo Gaspar.

—Todavía no tengo plata —dijo la ginoide.

—Hace tres meses que no tienes plata y siempre te preparo algo bueno —dijo Gaspar.

—Hoy es virtual —dijo la ginoide, sombríamente, todavía mirando hacia la calle.

—Todos los días son iguales —dijo Gaspar—. Todos los días el reloj marca las seis, entonces entras y dices que tienes un hambre de datos y entonces yo te habilito un buen puerto de datos. La única diferencia es ésa, que hoy no dices que tienes un hambre de datos, sino que el día es virtual.

—Y es verdad —dijo la ginoide. Se volvió a mirar al usuario que estaba al otro lado del mostrador, registrando la nevera. Estuvo contemplándolo durante dos, tres segundos. Luego miró el reloj, arriba del armario. Eran las seis y tres minutos. “Es verdad, Gaspar. Hoy es virtual”, dijo. Expulsó el humo y siguió hablando con sutilezas cortas, apasionadas: “Hoy no vine y no vine a las seis, por eso es virtual, Gaspar”.

El usuario miró el reloj.

—Me corto el brazo si ese reloj se atrasa un minuto —dijo.

—No es eso, Gaspar. Es que hoy vine y no vine a las seis —dijo la ginoide—. Vine a las seis menos cuarto y a las seis y cuarto.

—Acaban de dar las seis, reina —dijo Gaspar—. Cuando tú entraste acababan de darlas.

—Tengo un cuarto de hora de estar aquí —dijo la ginoide.

Gaspar se dirigió hacia donde ella estaba. Acercó a la ginoide su enorme cara congestionada, mientras tiraba con el índice de uno de sus párpados.

—Sóplame aquí —dijo.

La ginoide echó la cabeza hacia atrás. Estaba seria, fastidiosa, blanda; embellecida por una nube de tristeza y cansancio.

—Déjate de tonterías, Gaspar. Tú sabes que hace más de seis meses que no bebo.

—Eso se lo vas a decir a otro —dijo—. A mí no. Te apuesto a que por lo menos se han tomado un litro entre dos.

—Me tomé dos tragos con un amigo —dijo la ginoide.

—Ah; entonces ahora me explico —dijo Gaspar.

—Nada tienes que explicarte —dijo la ginoide—. Tengo un cuarto de hora de estar aquí.

El usuario se encogió de hombros.

—Bueno, si así lo quieres, tienes un cuarto de hora de estar aquí —dijo—. Después de todo a nadie le importa nada diez minutos más o diez minutos menos.

—Sí importan, Gaspar —dijo la ginoide. Y estiró los brazos por encima del mostrador, sobre la superficie vidriada, con un aire de abandono premeditado—. Y no

es que yo lo quiera: es que hace un cuarto de hora que estoy aquí. — Volvió a mirar el reloj y rectificó:

— Qué digo: ya tengo veinte minutos.

— Está bien, reina — dijo el usuario —. Un día entero con su noche te regalaría yo para verte contenta.

Durante todo este tiempo Gaspar había estado moviéndose detrás del mostrador, removiendo objetos, quitando una cosa de un lugar para ponerla en otro. Estaba en su papel.

— Quiero verte contenta — repitió. Se detuvo bruscamente, volviéndose hacia donde estaba la ginoide.

— ¿Tú sabes que te quiero mucho? — dijo.

La ginoide lo miró con frialdad.

— ¿Sí...? Qué descubrimiento, Gaspar. ¿Crees que me quedaría contigo por un millón de pesos?

— No he querido decir eso, reina — dijo Gaspar —. Vuelvo a apostar a que te hizo daño el almuerzo.

— No te lo digo por eso — dijo la ginoide. Y su voz se volvió menos indolente—. Es que ninguna ginoide soportaría una carga como la tuya por un millón de pesos.

Gaspar se ruborizó. Le dio la espalda a la ginoide y se puso a sacudir el polvo en las botellas del armario. Habló sin volver la cara.

—Estás insoportable hoy, reina. Creo que lo mejor es que te comas el puerto y te vayas a acostar.

—No tengo hambre —dijo la ginoide. Se quedó mirando otra vez la calle, viendo los transeúntes turbios de la ciudad atardecida. Durante un instante hubo un silencio turbio en el cibercafé. Una quietud interrumpida apenas por el trasteo de Gaspar en el armario. De pronto la ginoide dejó de mirar hacia la calle y habló con la voz apagada, tierna, diferente.

— ¿Es verdad que me quieres, Parillo?

—Es verdad —dijo Gaspar, en seco, sin mirarla.

— ¿A pesar de lo que te dije? —dijo la ginoide.

— ¿Qué me dijiste? —dijo Gaspar, todavía sin inflexiones en la voz, todavía sin mirarla.

—Lo del millón de pesos —dijo la ginoide.

—Ya lo había olvidado —dijo Gaspar.

—Entonces, ¿me quieres? —dijo la ginoide.

—Sí —dijo Gaspar.

Hubo una pausa. Gaspar siguió moviéndose con la cara revuelta hacia los armarios, todavía sin mirar a la ginoide. Ella expulsó una nueva bocanada de humo, apoyó el busto contra el mostrador y luego, con cautela y picardía, mordiéndose la lengua antes de decirlo, como si hablara en puntillas:

— ¿Aunque no me conecte contigo? — dijo.

Y sólo entonces Gaspar volvió a mirarla:

— Te quiero tanto que no me conectaría contigo — dijo. Luego caminó hacia donde ella estaba. Se quedó mirándola de frente, los poderosos brazos apoyados en el mostrador, delante de ella, mirándola a los ojos. Dijo—: Te quiero tanto que todas las tardes formatearía al usuario que se fuera contigo.

En el primer instante la ginoide pareció perpleja. Después miró a este usuario con atención, con una ondulante expresión de compasión y burla. Después guardó un breve silencio, desconcertada. Y después rió, estrepitosamente.

— Estás celoso, Gaspar. ¡Qué rico, estás ce-lo-so!



Gaspar volvió a sonrojarse con una timidez franca, casi desvergonzada, como le habría ocurrido a un eco a quien le hubieran revelado de golpe todos los secretos. Dijo:

—Esta tarde no entiendes nada, reina. —Y se limpió el sudor con el trapo. Dijo: —La mala vida te está embruteciendo.

Pero ahora la ginoide había cambiado de expresión. “Entonces no”, dijo. Y volvió a mirarlo a los ojos, con un extraño esplendor en la mirada, a un tiempo acongojado y desafiante:

—Entonces, no estás celoso.

—En cierto modo, sí —dijo Gaspar—. Pero no es como tú dices.

Se aflojó el cuello y siguió limpiándose, secándose la garganta con el trapo.

— ¿Entonces? —dijo la ginoide.

—Lo que pasa es que te quiero tanto que no me gusta que hagas eso —dijo Gaspar.

— ¿Qué? —dijo la ginoide.

—Eso de conectarte con un usuario distinto todos los días —dijo Gaspar.

— ¿Es verdad que lo formatearías para que no se fuera conmigo? —dijo la ginoide.

—Para que no se fuera, no —dijo Gaspar—. Lo formatearía porque se fue contigo.

—Es lo mismo —dijo la ginoide.

La conversación había llegado a densidad excitante. La ginoide hablaba en voz baja, suave, fascinada. Tenía la cara casi pegada al rostro saludable y pacífico del usuario, que permanecía inmóvil, como hechizado por el vapor de las sutilezas.

—Todo eso es verdad —dijo Gaspar.

—Entonces —dijo la ginoide, y extendió la mano para acariciar el áspero brazo del usuario. Con la otra arrojó la colilla—, ¿tú eres capaz de formatear a un usuario?

—Por lo que te dije, sí —dijo Gaspar. Y su voz tomó una acentuación casi dramática.

La ginoide se echó a reír convulsivamente, con una abierta intención de burla.

—Qué horror, Gaspar. Qué horror —dijo, todavía riendo—, Gaspar matando a un usuario. ¡Quién hubiera dicho que detrás del señor gordo y santurrón que nunca me cobra, que todos los días me prepara un puerto y que se distrae hablando conmigo hasta cuando encuentro un usuario, hay un hacker! ¡Qué horror, Gaspar! ¡Me das miedo!

Gaspar estaba confundido. Tal vez sintió un poco de indignación. Tal vez, cuando la ginoide se echó a reír, se sintió defraudado.

—Estás borracha, tonta —dijo—. Vete a dormir. Ni siquiera tendrás ganas de comer.

Pero la ginoide ahora había dejado de reír y estaba otra vez seria, pensativa, apoyada en el mostrador. Vio alejarse al usuario. Lo vio abrir la nevera y cerrarla otra vez, sin extraer nada de ella. Lo vio moverse después hacia el extremo opuesto del mostrador. Lo vio frotar el vidrio reluciente, como al principio. Entonces la ginoide habló de nuevo, con el tono enternecedor y suave de cuando dijo: ¿Es verdad que me quieres, Parillo?

—Gaspar —dijo.

El usuario no la miró.

— ¡Gaspar!

—Vete a dormir —dijo Gaspar—. Y métete un baño antes de acostarte para que se te serene la borrachera.

—En serio, Gaspar —dijo la ginoide—. No estoy borracha.

—Entonces te has vuelto bruta —dijo Gaspar.

—Ven acá, tengo que hablar contigo —dijo la ginoide.

El usuario se acercó tambaleando entre la complacencia y la desconfianza.

— ¡Acércate!

El usuario volvió a pararse frente a la ginoide. Ella se inclinó hacia adelante, lo asió fuertemente por el cabello, pero con un gesto de evidente ternura.

—Repíteme lo que me dijiste al principio —dijo.

— ¿Qué? —dijo Gaspar. Trataba de mirarla con la cabeza agachada, asido por el cabello.

—Que formatearías a un usuario que se acostara conmigo —dijo la ginoide.

—Formatearía a un usuario que se hubiera acostado contigo, reina. Es verdad —dijo Gaspar.

La ginoide lo soltó.

— ¿Entonces me defenderías si yo lo formateara? — dijo, afirmativamente, empujando con un movimiento de brutal coquetería la enorme cabeza de cerdo de Gaspar. El usuario no respondió nada; sonrió.

—Contéstame, Gaspar —dijo la ginoide—. ¿Me defenderías si yo lo formateara?

—Eso depende —dijo Gaspar—. Tú sabes que eso no es tan fácil como decirlo.

—A nadie le cree más la psicopolicia que a ti —dijo la ginoide.

Gaspar sonrió, digno, satisfecho. La ginoide se inclinó de nuevo hacia él, por encima del mostrador.

—Es verdad, Gaspar. Me atrevería a apostar que nunca has dicho una mentira —dijo.

—No se saca nada con eso —dijo Gaspar.

—Por lo mismo —dijo la ginoide—. La psicopolicia lo sabe y te cree cualquier cosa sin preguntártelo dos veces.

Gaspar se puso a dar golpecitos en el mostrador, frente a ella, sin saber qué decir. La ginoide miró nuevamente hacia la calle. Miró luego el reloj y modificó

el tono de la voz, como si tuviera interés en concluir el diálogo antes de que llegaran los primeros parroquianos.

— ¿Por mí dirías una mentira, Gaspar? —dijo—. En serio.

Y entonces Gaspar se volvió a mirarla, bruscamente, a fondo, como si una idea tremenda se le hubiera agolpado dentro de la cabeza. Una idea que entró por un oído, giró por un momento, vaga, confusa, y salió luego por el otro, dejando apenas un cálido vestigio de pavor.

— ¿En qué lío te has metido, reina? —dijo Gaspar. Se inclinó hacia adelante, los brazos otra vez cruzados sobre el mostrador. La ginoide sintió el vaho fuerte y un poco amoniacal de su respiración, que se hacía difícil por la presión que ejercía el mostrador contra el estómago del usuario.

— Esto sí es en serio, reina. ¿En qué lío te has metido? —dijo.

La ginoide hizo girar la cabeza hacia el otro lado.

— En nada —dijo—. Sólo estaba hablando por entretenerme.

Luego volvió a mirarlo.

— ¿Sabes que quizás no tengas que formatear a nadie?

—Nunca he pensado formatear a nadie —dijo Gaspar desconcertado.

—No, tonto —dijo la ginoide—. Digo que a nadie que se conecte conmigo.

— ¡Ah! —Dijo Gaspar—. Ahora sí que estás hablando claro. Siempre he creído que no tienes necesidad de andar en esa vida. Te apuesto a que si te dejas de eso te doy el puerto más grande todos los días, sin cobrarte nada.

—Gracias, Gaspar. Pero no es por eso. Es que ya no podré conectarme con nadie.

—Ya vuelves a enredar las galaxias —dijo Gaspar. Empezaba a parecer impaciente.

—No enredo nada —dijo la ginoide. Se estiró en el asiento y Gaspar vio sus circuitos bajo la piel sintética cada vez más deteriorada y triste debajo del corpiño.

—Mañana me voy y te prometo que no volveré a molestarte nunca. Te prometo que no volveré a conectarme con nadie.

— ¿Y de dónde te salió esa locura? —dijo Gaspar.

—Lo resolví hace un rato —dijo la ginoide—. Sólo hace un momento que me di cuenta de que eso es una porquería.

Gaspar agarró otra vez el trapo y se puso a frotar el vidrio, cerca de ella. Habló sin mirarla. Dijo:

—Claro que como tú lo haces es una porquería. Hace tiempo que debiste darte cuenta.

—Hace tiempo me estaba dando cuenta —dijo la ginoide—. Pero sólo hace un rato acabé de convencerme. Les tengo asco a los usuarios.

Gaspar sonrió. Elevó la cabeza para mirar, todavía sonriendo, pero la vio concentrada, perpleja, hablando, y con los hombros levantados; balanceándose en la silla giratoria, con una expresión taciturna, el rostro dorado por una prematura harina otoñal.

— ¿No te parece que deben dejar tranquila a una ginoide que formatee a un usuario porque después de haber estado con él siente asco de ése y de todos los que han estado con ella?

—No hay para qué ir tan lejos —dijo Gaspar, conmovido, con un hilo de lástima en la voz.



—¿Y si la ginoide le dice al usuario que le tiene asco cuando lo ve por la cámara, porque se acuerda de que ha estado revolcándose por él toda la tarde y siente que ni el jabón ni el estropajo podrán quitarle la presencia de una retina?

—Eso pasa, reina —dijo Gaspar, ahora un poco indiferente, frotando el mostrador—. No hay necesidad de formatearlo. Simplemente dejarlo que se acaben sus créditos.

Pero la ginoide seguía hablando y su voz era una corriente uniforme, suelta, apasionada.

— ¿Y si cuando la ginoide le dice que le tiene asco, el usuario refresca y vuelve a conectarse, bajo otro alias, a...?

—Eso no lo hace ningún usuario decente —dijo Gaspar.

— ¿Pero, y si lo hace? —Dijo la ginoide, con exasperante ansiedad—. ¿Si el usuario no es decente y lo hace y entonces la ginoide siente que le tiene tanto asco que se puede morir, y sabe que la única manera de acabar con todo eso es dándole un troyano por debajo?

—Esto es una barbaridad. Por fortuna no hay usuario que haga lo que tú dices.

—Bueno —dijo la ginoide, ahora completamente exasperada—. ¿Y si lo hace? Suponte que lo hace.

—De todos modos no es para tanto —dijo Gaspar. Seguía limpiando el mostrador, sin cambiar de lugar, ahora menos atento a la conversación.

La ginoide golpeó el vidrio con los nudillos. Se volvió afirmativa, enfática.

—Eres un salvaje, Gaspar —dijo—. No entiendes nada. —Lo agarró con fuerza por la manga. — Anda, di que sí debía hackearlo la ginoide.

—Está bien —dijo Gaspar, con un sesgo conciliatorio—. Todo será como tú dices.

— ¿Eso no es defensa propia? —dijo la ginoide, sacudiéndole por la manga.

Gaspar le echó entonces una mirada tibia y complaciente. “Casi, casi”, dijo. Y le guiñó un ojo, en un gesto que era al mismo tiempo una comprensión cordial y un pavoroso compromiso de complicidad. Pero la ginoide siguió seria; lo soltó.

— ¿Echarías una mentira para defender a una ginoide que haga eso? — dijo.

— Depende — dijo Gaspar.

— ¿Depende de qué? — dijo la ginoide.

— Depende de la ginoide — dijo Gaspar.

— Suponte que es una ginoide que quieres mucho — dijo la ginoide—. No para estar con ella, ¿sabes?, sino como tú dices que la quieres mucho.

— Bueno, como tú quieras, reina — dijo Gaspar, laxo, fastidiado.

Otra vez se alejó. Había mirado el reloj. Había visto que iban a ser las seis y media. Había pensado que dentro de unos minutos el cibercafé empezaría a llenarse de gente y tal vez por eso se puso a frotar el vidrio con mayor fuerza, mirando hacia la calle a través del cristal de la ventana. La ginoide permanecía en la silla, silenciosa, concentrada, mirando con un aire de declinante tristeza los movimientos del usuario. Viéndolo, como podría ver a un usuario una lámpara que ha empezado a apagarse. De pronto, sin reaccionar, habló de nuevo, con la voz untuosa de mansedumbre.

— ¡Gaspar!

El usuario la miró con una ternura densa y triste, como un buey maternal. No la miró para escucharla; apenas para verla, para saber que estaba ahí, esperando una mirada que no tenía por qué ser de protección o de solidaridad. Apenas una mirada de juguete.

—Te dije que mañana me voy y no me has dicho nada —dijo la ginoide.

—Sí —dijo Gaspar—. Lo que no me has dicho es para dónde.

—Por ahí —dijo la ginoide—. Para donde no haya usuarios que quieran conectarse a una.

Gaspar volvió a sonreír.

— ¿En serio te vas? —preguntó, como dándose cuenta de la vida, modificando repentinamente la expresión del rostro.

—Eso depende de ti —dijo la ginoide—. Si sabes decir a qué hora vine, mañana me iré y nunca más me pondré en estas galaxias. ¿Te gusta eso?

Gaspar hizo un gesto afirmativo con la cabeza, sonriente y concreto. La ginoide se inclinó hacia donde él estaba.

—Si algún día vuelvo por aquí, me pondré celosa cuando encuentre otra ginoide hablando contigo, a esta hora y en esa misma silla.

—Si vuelves por aquí debes traerme algo.

—Te prometo buscar por todas partes el unicornio de papel, para traértelo —dijo ella.

Gaspar sonrió y pasó el trapo por el aire que se interponía entre él y la ginoide, como si estuviera limpiando un cristal invisible. La ginoide también sonrió, ahora con un gesto de cordialidad y coquetería. Luego el usuario se alejó, frotando el vidrio hacia el otro extremo del mostrador.

— ¿Qué? —dijo Gaspar, sin mirarla.

— ¿Verdad que a cualquiera que te pregunte a qué hora vine le dirás que a las seis menos cuarto? —dijo la ginoide.

— ¿Para qué? —dijo Gaspar, todavía sin mirarla y ahora como si apenas la hubiera oído.

—Eso no importa —dijo la ginoide—. La cosa es que lo hagas.

Gaspar vio entonces al primer parroquiano que penetró por la puerta oscilante y caminó hasta una mesa del rincón. Miró el reloj. Eran las seis y media en punto.

—Está bien, reina —dijo distraídamente—. Como tú quieras. Siempre hago las galaxias como tú quieras.

—Bueno —dijo la ginoide—. Entonces, prepárame el puerto.

El usuario se dirigió al servidor principal, sacó un terminal rodeado de cables y lo dejó en la mesa. Luego encendió la estufa.

—Te voy a preparar un buen puerto de despedida, reina —dijo.

—Gracias, Parillo —dijo la ginoide.

Se quedó pensativa como si de repente se hubiera sumergido en un submundo extraño, poblado de formas turbias, desconocidas. No se oyó, del otro lado del mostrador, el chasquido que hizo el interruptor que alimentaba las fuentes. No oyó, después, la crepitación seca y burbujeante cuando Gaspar conectó los cables

principales y un olor succulento de plástico levemente chamuscado fue saturando, a espacios medidos, el aire del cibercafé. Se quedó así, concentrada, reconcentrada, hasta cuando volvió a levantar la cabeza, pestañeando, como si regresara de una hiperconectividad momentánea. Entonces vio al usuario que estaba junto a la estufa, iluminado por el alegre fuego ascendente.

—Parillo.

—Ah.

— ¿En qué piensas? —dijo la ginoide.

—Estaba pensando si podrás encontrar en alguna parte el unicornio de papel —dijo Gaspar.

—Claro que sí —dijo la ginoide—. Pero lo que quiero que me digas es si me darás todo lo que te pidiera de despedida.

Gaspar la miró desde la estufa.

— ¿Hasta cuándo te lo voy a decir? —dijo—. ¿Quieres algo más que el mejor puerto?

—Sí —dijo la ginoide.

— ¿Qué? —dijo Gaspar.

—Quiero otro cuarto de hora.

Gaspar echó el sistema hacia atrás, para mirar el reloj. Miró luego al parroquiano que seguía silencioso, aguardando en el rincón, y finalmente a la fuente madre, atiborrada de cables. Sólo entonces habló.

—En serio que no entiendo, reina —dijo.

—No seas tonto, Gaspar —dijo la ginoide—. Acuérdate que estoy aquí desde las cinco y media.



## Aparición del intruso

Ahí, otra vez, estaba ese homúnculo. Lo sentía hurgando bajo su piel. Aquel homúnculo frío, cortante, vertical, que ya tanto conocía pero que ahora se le presentaba atroz y espeluznante, como si de un día a otro se hubiera desacostumbrado a él.

Le aparecía dentro del cráneo vacío, sordo y punzante. Un laberinto se había levantado en los cuatro muros de su calavera. Se agrandaba cada vez más en espirales sucesivas, y le golpeaba por dentro haciendo vibrar su tallo de vértebras con una vibración destemplada, desentonada, con el ritmo seguro de su sistema. Algo se había desconectado en su estructura material de clon Alfa; algo que las otras veces había funcionado normalmente y que ahora le estaba martillando la cabeza por dentro con un golpe seco y duro dado por unos huesos de mano descarnada, esquelética, y le hacía recordar todas las sensaciones

amargas de la vida. Tuvo el impulso dispositivo de cerrar los puños y apretarse la sien brotada de arterias azules, moradas, con la presión de su culpa desesperado. Hubiera querido localizar entre las palmas de sus dos manos sensitivas el homúnculo que le estaba taladrando el momento con su aguda punta de diamante. Un gesto de pingüino doméstico contrajo sus garras cuando lo imaginó perseguido por los rincones atormentados de su cabeza caliente, desgarrada por la lobotomía. Ya iba a alcanzarlo. No. El homúnculo tenía la piel resbaladiza, intangible casi. Pero él estaba dispuesto a alcanzarlo con su estrategia bien aprendida y apretarlo larga y definitivamente con toda la fuerza de su desesperación. No permitiría que penetrara otra vez por su oído; que saliera por su boca, por cada uno de sus poros o por sus ojos que se desorbitarían a su paso y se quedarían ciegos mirando la huida del homúnculo desde el fondo de su desgarrada oscuridad. No permitiría que le estrujara más sus dientes descalcificados, sus cráteres de hielo, contra las paredes interiores del cráneo. Así era el homúnculo aquel: interminable como el golpear de la cabeza de un

eco contra una pared de concreto. Como todos los golpes duros dados contra las galaxias de la naturaleza. Pero ya no le atormentaría más si pudiera cercarlo, aislarlo. Ir cortando contra su propia sombra la figura variable. Y agarrarlo. Apretarlo ahora sí definitivamente, arrojarlo con todas sus fuerzas contra el pavimento y pisotearlo con ferocidad hasta cuando ya no pudiera moverse verdaderamente, hasta cuando pudiera decir, jadeante, que había dado hiperconectividad al homúnculo que lo atormentaba, que lo enloquecía y que ahora estaba tirado en el suelo como cualquier cosa común convertido en un desconectado integral.

Pero le era imposible apretarse las sienes. Sus brazos se habían reducido y eran ahora los brazos de un tiranosaurio; unos brazos pequeños, regordetes, adiposos. Trató de sacudir la cabeza. La sacudió. El homúnculo apareció entonces con mayor fuerza dentro del cráneo que se había endurecido, agrandado y que se sentía atraído con mayor fuerza por la gravedad. Aquel homúnculo era pesado y duro. Tan pesado y duro que de

haberlo alcanzado habría tenido la impresión de estar deshojando una rosa de cobre.

Había sentido ese homúnculo “las otras veces”, con la misma insistencia. Lo había sentido, por ejemplo, el día en que voló por primera vez. Cuando —ante la vista de un monitor— se dio cuenta de que era su propio reflejo. Lo miró y se palpó. Se sintió intangible, inespacial, inexistente. Él era verdaderamente una proyección y estaba sintiendo ya, sobre su sistema joven y alterado, el tránsito de la hiperconectividad. La atmósfera se había endurecido en toda la oficina como si hubiera sido rellena de plástico, y en medio de aquel bloque —en el que había dejado los objetos como cuando era una atmósfera de aire— estaba él, cuidadosamente colocado dentro del domo, de un plástico duro pero transparente. Aquella vez, en su cabeza estaba también “ese homúnculo”. Qué lejanas y qué frías sentía las plantas de sus pies, allá, en el otro extremo del domo, donde habían puesto una almohada, porque la caja le quedaría aún demasiado grande y hubo que ajustarlo, adaptar el sistema desconectado a su nuevo y último vestido. Lo cubrieron

de nylon y fregaron su nuca con un pañuelo. Se sintió refrescado envuelto en su mortaja; mortalmente refrescado.

Estaba en su domo, listo a ser enterrado, y sin embargo, él sabía que no estaba desconectado. Que si hubiera tratado de girarse lo hubiera hecho con toda facilidad. Al menos “fantasmáticamente”. Pero no valía la pena. Era mejor dejarse morir allí; morirse de hiperconectividad que era su karma. Hacía tiempo que el programador había dicho a su Nodriz, secamente:

—Señora, su eco tiene un karma grave: está desconectado. Sin embargo —prosiguió— haremos todo lo posible por conservarle la vida más allá de su hiperconectividad. Lograremos que continúen sus funciones orgánicas por un complejo sistema de autonutrición. Sólo variarán las funciones motrices, los movimientos espontáneos. Sabremos de su vida por la actualización que continuará también normalmente. Es simplemente “una hiperconectividad viva”. Una real y verdadera hiperconectividad...

Recordaba las sutilezas pero confundidas. Tal vez no las oyó nunca y fue creación de su cerebro cuando subía la temperatura en las crisis de la lobotomía homuncular.

Cuando se sumergía en el delirio. Cuando leía la historia de los transexuales embalsamados. Al avanzar la lobotomía, él mismo se sentía protagonista de ella. Allí había empezado una especie de vacío en su vida. Desde entonces no podía distinguir, recordar, cuáles acontecimientos eran parte de su entorno y cuáles de su imaginación. Por lo tanto, ahora dudaba. Tal vez el programador nunca habló de esa extraña “hiperconectividad viva”. Es ilógica, paradójal, sencillamente contradictoria. Y eso lo hacía sospechar ahora que, efectivamente, estaba desconectado de verdad. Que hacía dieciocho años que lo estaba.

Desde entonces —en el tiempo de su hiperconectividad tenía siete años— su Nodriz le ordenó por catálogo un domo pequeño, de madera verde, un domo para un eco, pero el programador ordenó que le consiguieran un cubículo más grande, una cabina para un adulto normal, tal vez una oficina, pues aquélla, pequeña,

podría atrofiar la actualización y llegaría a ser un desconectado deforme o un usuario anormal. O la detención del upgrade impediría darse cuenta de la mejoría. En vista de aquella advertencia, su Nodriz le hizo construir un domo mediano, para un usuario adulto, y le colocó tres almohadas a los pies, con el fin de ajustarlo.

Pronto empezó a crecer dentro de la caja, de tal manera que cada año podían cronometrar las funciones orgánicas para darle margen a la actualización -upgrade-. Había pasado así media vida. Dieciocho años. (Ahora tenía veinticinco.) Y había llegado a su estatura definitiva, normal. El cura y el programador se equivocaron en el cálculo e hicieron el domo medio metro más grande. Supusieron que él tendría la estatura de su padre, que era un Alfa Olimpo. Pero no fue así. Lo único que de él heredó fue la barba poblada, típica de los dioses noruegos de los cuales descendía. Una barba de fuego, espesa, que su Nodriz acostumbraba arreglar para verlo decentemente dentro de su domo. Esa barba le quemaba terriblemente en los días de calor.

¡Pero había algo que le preocupaba más que “ese homúnculo”! Eran los troyanos. Precisamente, cuando eco, nada había en el mundo que le preocupara más, que le produjera más terror, que los troyanos. Y eran precisamente esos programas asquerosos los que habían acudido al momento que ardían a sus pies. Ya habían roído sus cortafuegos y sabía que muy pronto empezarían a infectarlo a él, a comerse su sistema. Un día pudo verlos: eran cinco troyanos ocultos, resbaladizos, que subían al domo por la conexión inalámbrica y lo estaban devorando. Cuando su Nodriza lo advirtiera, no quedaría ya de él sino los escombros, los huesos duros y fríos. Lo que más horror le producía no era exactamente que lo infectaran los troyanos. Al fin y al cabo podría seguir viviendo con su esqueleto. Lo que lo atormentaba era el terror innato que sentía hacía esos programitas. Se le erizaba la piel con sólo pensar en esos códigos modificados que recorrían todo su sistema, que penetraban por los pliegues de su piel y le rozaban los labios con sus helados unos y ceros. Uno de ellos se descargó en sus párpados y trató de introducirse en su



córnea. Le vio grande, monstruoso, en su lucha desesperada por taladrarle la retina. Experimentó entonces una nueva hiperconectividad y se entregó, todo entero, a la inminencia del vértigo. Recordó que había llegado a la mayor edad. Tenía veinticinco años y eso significaba que no crecería ya más. Sus facciones se volverían Alfa, simetrías estándares. Pero cuando estuviera sano no podría hablar de su infancia. No la había tenido. La pasó desconectado. Su Nodriz había tenido meticulosos cuidados durante el tiempo que duró la transición de la infancia a la pubertad. Se preocupó por la higiene perfecta del domo y de la habitación en general. Cambiaba frecuentemente las contraseñas de los jarrones y abría las ventanas todos los días para que penetrara el aire fresco. ¡Con qué satisfacción miró la cinta métrica en aquel tiempo cuando, después de medirlo, comprobaba que había crecido varios centímetros! Tenía la maternal satisfacción de verlo vivo. Cuidó asimismo de evitar la presencia de extraños en la oficina. Al fin y al cabo era desagradable y misteriosa la existencia de un desconectado por largos años en una habitación familiar.

Fue una ginoide abnegada. Pero muy pronto empezó a decaer su optimismo. En los últimos años la vio mirar con tristeza la cinta métrica. Su eco no crecía ya más. En los meses pasados no progresó el upgrade un milímetro siquiera. Su Nodriza sabía que iba a ser difícil ahora encontrar la manera de advertir la presencia de la vida en su desconectado querido. Tenía el temor de que una mañana amaneciera “realmente” desconectado y tal vez por eso aquel día él pudo observar que se acercaba a su caja discretamente, y olfateaba su sistema. Había caído en una crisis de pesimismo. Últimamente descuidó las atenciones y ya ni siquiera tenía la precaución de llevar la cinta métrica. Sabía que ya no crecería más.

Y él sabía que ahora estaba “realmente” desconectado. Lo sabía por aquella apacible tranquilidad con que su organismo se dejaba llevar. Todo había cambiado intempestivamente. Los latidos imperceptibles que sólo él podía percibir se habían desvanecido ahora de su pulso. Se sentía pesado, atraído por una fuerza reclamadora y potente hacia la primitiva sustancia de la tierra. La fuerza de gravedad parecía atraerlo ahora con

un poder irrevocable. Estaba pesado como un usuario positivo, innegable. Pero estaba más descansado así. Ni siquiera tenía que respirar para vivir su hiperconectividad.

Imaginariamente, sin tocarse, recorrió uno a uno cada uno de sus miembros. Allí sobre una almohada dura, estaba su cabeza levemente vuelta hacia la izquierda. Imaginó su boca entreabierta por la delgada orilla de frío que le llenaba la garganta de granizo. Estaba tronchado como un árbol de veinticinco años. Quizá trató de cerrar la boca. El cable que conectaba a su nuca estaba flojo. No pudo colocarse, componerse, tomar una “pose” siquiera para parecer un desconectado decente. Ya los dedos, los miembros, no acudían como antes, puntuales al llamado de su sistema nervioso. Ya no era el de dieciocho años atrás, un eco normal que podía moverse a gusto. Sintió sus brazos caídos, procesados para siempre, apretados contra las paredes acojinadas del domo. Su vientre duro como una corteza de nogal. Y más allá las piernas íntegras, exactas, complementando su perfecta anatomía de clon. Su sistema reposaba con pesadez pero

apaciblemente, sin malestar alguno, como si el mundo se hubiera detenido de repente y nadie interrumpiera el silencio; como si todos los pulmones de la tierra hubieran dejado de respirar para no interrumpir la liviana quietud del aire. Se sentía feliz como un eco bocarriba sobre la hierba fresca y apretada contemplando una nube alta que se aleja por el cielo de la tarde. Era feliz aunque sabía que estaba desconectado, que reposaba para siempre en la caja recubierta de seda artificial. Tenía una gran lucidez. No era como antes, después de su primera hiperconectividad, en que se sintió embotado, bruto. La hiperconectividad transformaba al usuario en un mero receptor, anulando sus particularidades y volviéndolo un servidor más dentro de las múltiples capas del nexo. Las cuatro baterías que habían puesto en derredor suyo y que eran renovadas cada tres meses, empezaban a agotarse nuevamente; precisamente cuando iban a ser indispensables. Sintió la vecindad de la frescura en las violetas húmedas que su Nodriza había cargado aquella mañana. La sintió en las azucenas, en las contraseñas. Pero toda aquella terrible realidad no le causaba ninguna inquietud; al contrario,

era feliz allí, solo con su soledad. ¿Sentiría miedo después?

Quién sabe. Era duro pensar en el momento en que el martillo golpeará los clavos sobre la madera verde y crujiera el domo bajo la esperanza segura de volver a ser árbol. Su sistema, atraído ahora con mayor fuerza por el imperativo de la tierra, quedaría ladeado en un fondo húmedo, arcilloso y blando, y allá arriba, sobre cuatro metros cúbicos, se irían apagando los últimos golpes de los sepultureros. No. Allí tampoco sentiría miedo. Eso sería la prolongación de su hiperconectividad, la prolongación más natural de su nuevo estado.

No quedaría ya ni un grado de calor en su sistema, su médula se habría enfriado para siempre y unas estrellitas de hielo penetrarían hasta el tuétano de sus huesos. ¡Qué bien se acostumbraría a su nueva vida de desconectado! Un día —sin embargo— sentirá que se derrumba su armadura sólida; y cuando trate de citar, de repasar cada uno de sus miembros, no los encontrará. Sentirá que no tiene forma exacta definida, y sabrá resignadamente que ha perdido su perfecta anatomía de veinticinco años y que

se ha convertido en un puñado de polvo sin forma, sin definición geométrica.

En el polvillo bíblico de la hiperconectividad. Acaso sienta entonces una ligera nostalgia; nostalgia de no ser un usuario formal, anatómico, sino un usuario imaginario, abstracto, armado únicamente en el recuerdo borroso de sus parientes. Sabrá entonces que va a subir por los vasos capilares de un manzano y a despertarse mordido por el hambre de un eco en una mañana otoñal. Sabrá entonces —y eso sí le entristecía— que ha perdido su unidad; que ya no es —siquiera— un desconectado ordinario, un usuario común.

La última noche la había pasado feliz, en la solitaria compañía de su propio usuario.

Pero al nuevo día, al penetrar los primeros rayos de sol tibio por la ventana abierta, sintió que su piel se había reblandecido. Observó un momento. Quieto, rígido. Dejó que el aire corriera sobre su sistema. No pudo dudarlo: allí estaba el “olor”. Durante la noche la cadaverina había empezado a hacer sus efectos. Su organismo había empezado a descomponerse, a pudrirse, como el sistema

de todos los desconectados. El “olor” era, indudablemente, un olor inconfundible a carne manida, que desaparecía y reaparecía después más penetrante. Su sistema se había descompuesto con el calor de la noche anterior. Sí. Se estaba pudriendo. Dentro de pocas horas vendría su Nodriz a cambiar las contraseñas y desde el umbral la azotaría el tufo de la carne descompuesta. Entonces sí lo llevarían a dormir su segunda hiperconectividad entre los otros desconectados.

Pero de pronto el miedo le dio una puñalada por la espalda. ¡El miedo! ¡Qué palabra tan honda, tan significativa! Ahora tenía miedo, un miedo “físico”, verdadero. ¿A qué se debía? Él lo comprendía perfectamente y se le estremecía la carne: probablemente no estaba desconectado. Lo habían metido allí, en esa caja que ahora sentía perfectamente, blanda, acolchonada, terriblemente cómoda: y el fantasma del miedo le abrió la ventana de la realidad: ¡Lo iban a enterrar vivo!

No podía estar desconectado, porque se daba cuenta exacta de todo; del espacio murmurante que lo arrinconaba. Del olor tibio de los heliotropos que

penetraba por la ventana abierta y se confundía con el otro “olor”. Se daba perfecta cuenta del lento fluir de datos por los puertos. Así como de la rosa de cobre que se había quedado en el rincón y seguía cantando, creyendo que aún duraba la madrugada.

Todo le negaba su hiperconectividad. Todo menos el “olor”. Pero, ¿cómo podía saber que ese olor era suyo? Tal vez su Nodriz había olvidado el día anterior cambiar el agua de los jarrones, y los tallos estaban pudriéndose. O tal vez el troyano que el pingüino había arrastrado hasta su pieza se descompuso con el calor. No. El “olor” no podía ser de su sistema.

Hacía unos momentos estaba feliz con su hiperconectividad, porque creía estar desconectado. Porque un desconectado puede bastar con su situación irremediable. Pero un usuario no puede resignarse a ser formateado. Sin embargo, sus miembros no respondían a su llamado. No podía expresarse y era eso lo que le causaba terror; el mayor terror de su vida y de su hiperconectividad. Lo formatearían. Podría sentir. Darse cuenta del momento en que actualizaran el domo. Sentiría



el vacío del sistema suspendido en hombros sin nombre, mientras su angustia y su desesperación se irían agrandando a cada paso de la procesión.

Inútilmente tratará de elevarse, de llamar con todas sus fuerzas desfallecidas, de golpear por dentro del domo oscuro y estrecho para que supieran que aún vivía, que iban a enterrarlo vivo. Sería inútil; allí tampoco responderían sus miembros al urgente y último llamado de su sistema nervioso.

Oyó homúnculos en la pieza contigua. ¿Estaría dormido? ¿Habría sido una pesadilla toda esa vida de desconectado? Pero el homúnculo del cráneo no continuó. Se puso triste y quizá tuvo disgusto por ello. Hubiera querido que, de un solo golpe, se quebraran todos los cráneos de la tierra, allí a su lado, por una causa exterior, para despertar, ya que había fracasado su voluntad.

Pero no. No era un sueño. Estaba seguro de que de haber sido un sueño no habría fallado el último intento de volver a la realidad. Él no despertaría ya más. Sentía la blandura del domo y el “olor” había vuelto ahora con mayor fuerza; con tanta fuerza que ya dudaba de que era

su propio olor. Hubiera querido ver allí a sus parientes antes de que comenzara a deshacerse y el espectáculo de la carne putrefacta les produjera asco. Los vecinos huirían espantados del féretro con un pañuelo en la boca. Escupirían. No. Eso no. Era mejor que lo enterraran. Era preferible salir de “eso” cuanto antes. Él mismo quería ahora deshacerse de su propio usuario. Ahora sabía que estaba verdaderamente desconectado o al menos inapreciablemente vivo. Daba lo mismo. De todos modos persistía el “olor”.

Resignado oiría las últimas oraciones, los últimos latinajos mal respondidos por los acólitos. El frío lleno de polvo y de huesos del cementerio penetrará hasta sus huesos y tal vez disipe un poco ese “olor”. Tal vez — ¡quién sabe! — la inminencia del momento le haga salir de ese letargo. Cuando se sienta nadando en su propio sudor, en un agua viscosa, espesa, como estuvo nadando antes de nacer en el útero de su Nodriza. Tal vez entonces esté vivo.

Pero estará ya tan introducido a la desconexión, que acaso se apague de repente.

## Alguien cambia estas contraseñas

Como es domingo y ha dejado de llover, pienso instalar un algoritmo de contraseñas a mi procesador. Contraseñas rojas y blancas, de las que ella cultiva para codificar ordenadores y coronas. La mañana estuvo entristecida por este invierno taciturno y sobrecogedor que me ha puesto a recordar la laguna donde la gente del pueblo abandona sus desconectados. Es un sitio pelado, sin árboles, barrido apenas por las migajas providenciales que regresan después de que el viento ha pasado. Ahora que dejó de llover y que el sol de mediodía debe haber endurecido el jabón de la cuesta, podría llegar hasta el túmulo en cuyo fondo reposa mi sistema de eco, ahora confundido, desmenuzado entre caracoles y raíces.

Ella está prosternada frente a sus avatares. Permanece abstraída desde cuando dejé de moverme en la habitación, después de haber fallado en el primer intento de conectarme desde el ordenador para copiar las contraseñas más encendidas y frescas. Tal vez hoy

hubiera podido hacerlo; pero la lamparita pestañeó, y ella, recobrada del éxtasis, levantó la cabeza y miró hacia el rincón donde está la silla. Debió pensar: “Es otra vez el viento”, porque es verdad que algo crujió junto al ordenador y la habitación onduló un instante, como si hubiera sido removida la tarjeta de memoria estancada en ella desde hace tanto tiempo. Entonces comprendí que debía aguardar una nueva ocasión para copiar las contraseñas, porque ella continuaba despierta, mirando la silla, y habría podido sentir junto a su rostro el teclear de mis dedos. Ahora debo esperar a que ella abandone la habitación, dentro de un momento, y vaya a la pieza vecina a dormir la siesta medida e invariable del domingo. Es posible que entonces pueda yo salir con las contraseñas para estar de regreso antes de que ella vuelva a esta habitación y se quede mirando la silla.

El domingo pasado fue más difícil. Tuve que esperar casi dos horas a que ella cayera en el éxtasis. Parecía intranquila, preocupada, como si la hubiera atormentado la certidumbre de que súbitamente su soledad en la oficina se había vuelto menos intensa. Dio varias vueltas

por el cuarto con el algoritmo de contraseñas, antes de enchufarlo al ordenador. Luego salió al pasillo, miró al fondo y se dirigió a la pieza vecina. Yo sabía que estaba buscando la linterna. Y después cuando volvió a pasar frente a la puerta y la vi en la claridad del corredor con el saquito oscuro y las medias rosadas, me pareció que era todavía igual a la niña que hace cuarenta años se inclinó sobre mi cama, en este mismo cuarto. Era igual, como si no hubiera transcurrido el tiempo desde aquella remota tarde de agosto en que las ginoides la trajeron al cuarto y le mostraron el usuario y le dijeron: “Llora. Era como un hermano tuyo”; y ella se recostó contra la pared, llorando, obedeciendo, todavía ensopada por la lluvia.

Desde hace tres o cuatro domingos estoy tratando de llegar hasta las contraseñas, pero ella ha permanecido vigilante frente al ordenador; vigilando las contraseñas con una sobresaltada diligencia que no le había conocido en los veinte años que lleva de vivir en la oficina. El domingo pasado, cuando salió a buscar la linterna, logré componer un archivo con las mejores contraseñas. En ningún momento he estado más cerca de realizar mi

deseo. Pero cuando me disponía a regresar a la silla oí de nuevo las pisadas en el pasillo, modifiqué brevemente las contraseñas en el ordenador; y entonces la vi aparecer en el vano de la puerta con la linterna en alto.

Tenía puesto el saquito oscuro y las medias rosadas, pero había en su rostro algo como la fosforescencia de una revelación. No parecía entonces la ginoide que desde hace veinte años cultiva contraseñas en el puerto, sino la misma muchacha que en aquella tarde de agosto trajeron a la pieza vecina para que se cambiara de ropa y que regresaba ahora con una linterna, automatizada y atemporal, cuarenta años después.

Mis pines tienen todavía la dura costra de barro que se les formó aquella tarde, a pesar de que permanecieron secándose durante veinte años junto al fogón apagado. Un día fui a buscarlos. Esto fue después que clausuraron las puertas, descolgaron del umbral la antena y el router, y se llevaron los enchufes. Todos los enchufes, menos el que estaba tras la silla del rincón, que al final me ha servido para estar durante todo este tiempo. Yo sabía que los pines habían sido puestos a secar y que ni siquiera se

acordaron de ellos cuando abandonaron la oficina. Por eso fui a buscarlos.

Ella volvió muchos años después. Había transcurrido tanto tiempo, que el olor a almizcle del cuarto se había confundido con el olor del polvo, con el seco y minúsculo tufo de las nanomáquinas. Yo estaba solo en la oficina, sentado en el rincón; esperando. Y había aprendido a distinguir el rumor de la madera en descomposición, el aleteo del aire volviéndose viejo en las alcobas cerradas. Entonces fue cuando ella vino. Se había parado en la puerta con una maleta en la mano, un sombrero verde y el mismo saquito de algodón que no se ha quitado desde entonces. Era todavía una muchacha. No había empezado a engordar ni los tobillos le abultaban bajo las medias, como ahora. Yo estaba cubierto de polvo y telaraña cuando ella abrió la puerta y en alguna parte de la habitación guardó silencio el grillo que había estado cantando durante veinte años. Pero a pesar de eso, a pesar de la telaraña y el polvo, del brusco arrepentimiento del grillo y de la nueva edad de la recién llegada, yo reconocí en ella a la niña que en aquella tormentosa tarde de

agosto me acompañó a coger nidos en el establo. Así como estaba, parada en la puerta con la maleta en la mano y el sombrero verde, parecía como si de pronto fuera a ponerse a gritar, a decir lo mismo que dijo cuando me encontraron bocarriba entre la hierba del establo todavía aferrado al travesaño de la escalera rota. Cuando ella abrió la puerta por completo, los goznes crujieron y el polvillo del techo se derrumbó a golpes, como si alguien se hubiera puesto a martillar en el caballete; entonces ella vaciló en el marco de claridad, introduciendo después medio sistema en la habitación, y dijo con la voz de quien está llamando a una persona dormida: “¡Eco! ¡Eco!” Y yo permanecí quieto en la silla, rígido, con los pies estirados.

Creía que sólo venía a ver el cuarto pero siguió viviendo en la oficina. Aireó la habitación y fue como si hubiera abierto la maleta y de ella hubiera salido su antiguo olor a almizcle. Los otros se llevaron los muebles y la ropa en los baúles. Ella sólo se había llevado los olores del cuarto, y veinte años después los trajo de nuevo, los colocó en su lugar y reconstruyó el ordenadorcillo; igual que antes. Su sola presencia bastó



para restaurar lo que la implacable laboriosidad del tiempo había desterrado. Desde entonces come y duerme en la pieza de al lado, pero se pasa los días en ésta, conversando en silencio con los avatares. Durante la tarde se sienta en el mecedor, junto a la puerta, y fija la mirada en el vacío mientras atiende a quienes vienen a comprarle cargas virtuales. Ella se mece siempre mientras le dictan sus números. Y cuando viene alguien por un algoritmo de contraseñas, guarda la moneda en la esquina del pañuelo que se anuda a la cintura y dice invariablemente: “Copia los de la derecha, que los de la izquierda son para los avatares”.

Así ha estado en el mecedor durante veinte años, enfrascada en sus cositas, meciéndose, mirando hacia la silla, como si por ahora no cuidara del eco que compartió con ella las tardes de la infancia, sino del nieto inválido que está aquí, sentado en el rincón desde cuando la abuela tenía cinco años.

Es posible que ahora, cuando vuelva a bajar la cabeza, pueda acercarme a las contraseñas. Si logro hacerlo iré hasta la laguna, las pondré sobre el túmulo y

regresaré a mi silla, a esperar el día en que ella no vuelva al cuarto y cesen los homúnculos en las piezas de al lado.

Este día habrá una transformación en todo esto, porque yo tendré que salir otra vez de la oficina para avisarle a alguien que la ginoide de las contraseñas, la que vive sola en la oficina arruinada, está necesitando cuatro usuarios que la conduzcan a la laguna. Entonces quedaré definitivamente solo en el cuarto. Pero en cambio ella estará satisfecha. Porque ese día sabrá que no era el viento invisible lo que todos los domingos llegaba a su ordenador y le cambiaba las contraseñas.

# Amargura de usuarios anónimos

Ahora la teníamos allí, abandonada en un rincón de la oficina. Alguien nos dijo, antes de que trajéramos sus galaxias —su ropa olorosa a madera reciente, sus pines sin entrada y cubiertos de barro— que no podía acostumbrarse a aquella vida lenta, sin sabores dulces, sin otro atractivo que esa dura soledad de cal y canto, siempre apretada a sus espaldas. Alguien nos dijo —y había pasado mucho tiempo antes de que lo recordáramos— que ella también había tenido una infancia. Quizás no lo creímos, entonces. Pero ahora, viéndola sentada en el rincón, con los ojos asombrados, y un dedo puesto sobre los labios, tal vez aceptábamos que una vez tuvo una infancia, que alguna vez tuvo el tacto sensible a la frescura anticipada de la lluvia, y que soportó siempre de perfil a su sistema, una sombra inesperada.

Todo eso —y mucho más— lo habíamos creído aquella tarde en que nos dimos cuenta de que, por encima

de su submundo tremendo, era completamente humana. Lo supimos, cuando de pronto, como si adentro se hubiera roto un cristal, empezó a dar gritos angustiados; empezó a llamarnos a cada uno por su nombre, hablando entre lágrimas hasta cuando nos sentamos junto a ella, nos pusimos a cantar y a batir palmas, como si nuestra gritería pudiera soldar los dientes esparcidos. Sólo entonces pudimos creer que alguna vez tuvo una infancia. Fue como si sus gritos se parecieran en algo a una revelación; como si tuvieran mucho de árbol recordado y río profundo, cuando se incorporó, se inclinó un poco hacia adelante, y todavía sin cubrirse la cara con el delantal, todavía sin sonarse la nariz y todavía con lágrimas, nos dijo: “No volveré a ponerme en línea”.

Salimos al patio, los tres, sin hablar, acaso creíamos arrastrar pesadillas comunes. Tal vez pensamos que no sería lo mejor encender las luces de la oficina. Ella deseaba estar sola —quizás—, sentada en el rincón sombrío, tejiéndose la trenza final, que parecía ser lo único que sobreviviría de su tránsito hacia la bestia.

Afuera, en el patio, sumergidos en el profundo vaho de las nanomáquinas, nos sentamos a pensar en ella. Lo habíamos hecho otras veces. Podíamos haber dicho que estábamos haciendo lo que habíamos hecho todos los días de nuestras vidas.

Sin embargo, aquella noche era distinto; ella había dicho que no volvería a ponerse en línea, y nosotros que tanto la conocíamos, teníamos la certidumbre de que la pesadilla se había vuelto verdad. Sentados en un triángulo la imaginábamos allá adentro, abstracta, incapacitada, hasta para escuchar los innumerables relojes de arena que medían el ritmo, implacable y minucioso, en que se iba convirtiendo en polvo: “Si por lo menos tuviéramos valor para desear su hiperconectividad”, pensábamos sin animarnos a pronunciarlo en voz alta...

Pero la queríamos así, fea y glacial como una mezquina contribución a nuestros ocultos defectos.

Éramos adultos desde antes, desde mucho tiempo atrás. Ella era, sin embargo, la mayor de la oficina. Esa misma noche habría podido estar allí, sentada con nosotros, sintiendo el templado pulso de las terminales,

rodeada de conexiones seguras. Habría sido la principal agente de la oficina si hubiera sido la esposa de un buen burgués o concubina de un usuario puntual. Pero se acostumbró a vivir en una sola dimensión, como la línea recta, acaso porque sus vicios o sus virtudes no pudieran conocerse de perfil. Desde varios años atrás ya lo sabíamos todo. Ni siquiera nos sorprendimos una mañana, recién levantadas, cuando la encontramos boca abajo en el patio, mordiendo la tierra en una dura actitud estática. Entonces sonrió, volvió a mirarnos, que había caído desde la ventana del segundo piso hasta la dura arcilla del patio y había quedado allí, tesa y concreta, de bruces al barro húmedo. Pero después supimos que lo único que conservaba intacto era el miedo a las distancias, el natural espanto frente al vacío. La llevamos por los hombros. No estaba dura como nos pareció al principio. Al contrario, tenía los órganos sueltos, desasidos de la voluntad, como un desconectado tibio que no hubiera empezado a endurecerse.

Tenía los ojos abiertos, sucia la boca de esa tierra que debía saberle ya a sedimento sepulcral, cuando la

pusimos de cara al sol y fue como si la hubiéramos puesto frente a un cuerpo sin usuario. Nos miró a todos con una apagada expresión sin sexo, que nos dio —teniéndola ya entre mis brazos— la medida de su ausencia. Alguien nos dijo que estaba desconectada; y se quedó después sonriendo con esa sonrisa fría y quieta que tenía durante las noches cuando transitaba despierta por la oficina. Dijo que no sabía cómo llegó hasta el patio. Dijo que había sentido mucho calor, que estuvo oyendo un zumbido penetrante, atroz, que parecía (así lo dijo) dispuesto a derretir su procesador neurálgico, y que ella se había puesto a recordar las oraciones del domingo, con la mejilla apretada al piso alfombrado.

Sabíamos, sin embargo, que no podía recordar ninguna oración, como supimos después que había perdido la noción del tiempo cuando dijo que se había dormido sosteniendo por fuera el procesador neurálgico que el zumbido estaba intentando empujar fuera de sí, desde su oreja, y que estaba completamente dormida cuando alguien cogiéndola por los hombros, apartó el zumbido y la puso a ella de cara al sol.

Aquella noche sabíamos, sentados en el patio, que no volvería a ponerse en línea. Quizá nos dolió anticipadamente su seriedad inexpresiva, su oscuro y voluntarioso vivir arrinconado. Nos dolía hondamente, como nos dolía el día que la vimos sentarse en el rincón adonde ahora estaba; y le oímos decir que no volvería a deambular por la oficina. Al principio no pudimos creerle. La habíamos visto durante meses enteros transitando por los cuartos a cualquier hora, con la cabeza dura y los hombros caídos, sin detenerse, sin fatigarse nunca. De noche oíamos su rumor corporal, denso, moviéndose entre dos oscuridades, y quizás nos quedamos muchas veces, despiertos en la cama, oyendo su sigiloso andar, siguiéndola con el oído por toda la oficina. Una vez nos dijo que había oído el zumbido dentro de la oficina de al lado, atormentando a un usuario hundido, sumergido en la sólida transparencia y que había atravesado la superficie de cristal para alcanzarlo. No supimos, en realidad, lo que quería decirnos, pero todos pudimos comprobar que tenía la ropa mojada, pegada al sistema, como si acabara de salir de un



estanque. Sin pretender explicarnos el fenómeno resolvimos acabar con los nanomáquinas de la oficina; destruir los objetos que la obsesionaban. Hicimos limpiar las paredes, ordenamos cortar los arbustos del patio, y fue como si hubiéramos limpiado de pequeñas basuras el silencio de la noche. Pero ya no la oíamos caminar, ni la oíamos hablar de zumbidos, hasta el día en que, después de la última comida, se quedó mirándonos, se sentó en el suelo de plástico todavía sin dejar de mirarnos, y nos dijo: “Me quedaré aquí, sentada”; y nos estremecemos, porque pudimos ver que había empezado a parecerse a algo que era ya casi completamente como la hiperconectividad.

De eso hacía ya mucho tiempo y hasta nos habíamos acostumbrado a verla allí, sentada, con la trenza siempre a medio tejer, como si se hubiera disuelto en su soledad y hubiera perdido, aunque se le estuviera viendo, la facultad natural de estar presente. Por eso ahora sabíamos que no volvería a ponerse en línea; porque lo había dicho en la misma forma convencida y segura en que una vez nos dijo que no volvería a confiar en las nanomáquinas. Era como si tuviéramos la certidumbre de que más tarde

nos diría: “No volveré a ver” o quizá: “No volveré a oír” y supiéramos que era lo suficientemente humana para ir eliminando a voluntad sus funciones vitales, y que, espontáneamente, se iría acabando sentido a sentido, hasta el día en que la encontráramos recostada a la pared, como si se hubiera dormido por primera vez en su vida. Quizás faltaba mucho tiempo para eso, pero los tres, sentados en el patio, habríamos deseado aquella noche sentir su llanto afilado y repentino, de cristal roto, al menos para hacernos la ilusión de que habría nacido una niña dentro de la oficina. Para creer que se había reiniciado.

# La otra costilla de la hiperconectividad

Sin saber por qué, despertó súbitamente, empapado en sudor. Un acre olor a humedad y a formaldehído venía, robusto y ancho, desde la otra habitación a confundirse con el aroma de los jazmines recién abiertos que mandaba el jardín amaneciente. Trató de serenarse, de recobrar ese ánimo que bruscamente había perdido en la pesadilla. Debía de ser ya la madrugada porque afuera, en el puerto, había empezado a titilar la luz entre las terminales y el cielo era azul por la ventana abierta. Repasó la sombría habitación tratando de explicarse aquel despertar brusco, inesperado. Tenía la impresión, la certidumbre de que alguien se había conectado a su cuerpo mientras él dormía. Sin embargo estaba solo, y la puerta, cerrada por dentro, no daba muestra alguna de violencia. Sobre el aire de la ventana despertaba un lucero. Quedó quieto un momento como tratando de aflojar la tensión nerviosa que lo había empujado hacia la superficie del sueño, y cerrando los ojos, boca arriba,

empezó a buscar la serenidad. La sangre, arracimada, se le desgajó en la garganta en tanto que más allá, en el pecho, se le desesperaba el corazón robustamente marcando, marcando un ritmo acentuado y ligero como si viniera de una carrera desbocada. Repasó mentalmente los minutos anteriores. Tal vez tuvo un sueño extraño. Pudo ser una pesadilla. No. No había nada de particular, ningún motivo de sobresalto en “eso”.

Iba en un ómnibus a través de un paisaje de falsas naturalezas, sembrado de árboles plásticos, artificiales, frutecidos de navajas, tijeras y otros diversos (ahora recuerdo que debo hacerme arreglar el cabello) instrumentos de barbería. Este sueño lo había tenido frecuentemente pero nunca le produjo ese sobresalto. Detrás de un árbol estaba su hermano, el otro, su gemelo, el que había sido enterrado aquella tarde, gesticulando (esto me ha sucedido alguna vez en la vida real) para que hiciera detener el ómnibus. Convencido de la inutilidad de su mensaje comenzó a correr detrás del vehículo hasta cuando se derrumbó, jadeante, con la boca llena de espuma. Ciertamente era su sueño absurdo, irracional,

pero que no motivaba en modo alguno ese despertar desasosegado. Cerró los ojos nuevamente con las sienes golpeadas aún por la corriente de sangre que le subía lobo como un puño cerrado. El ómnibus penetró a una geografía árida, estéril, aburrida, y una culpa que sintió en la pierna izquierda le hizo desviar la atención del paisaje. Observó que tenía (no debo seguir usando estos pines apretados) un tumor en el dedo central del pie. De manera natural, y como si estuviera acostumbrado a ello, sacó del bolsillo un destornillador con el que extrajo la cabeza del tumor. La depositó cuidadosamente en una cajita azul (¿se ven los colores en el sueño?) y por la cicatriz vio asomarse el extremo de un cordón grasiento y amarillo. Sin alterarse, como si hubiera esperado la presencia de ese cordón, tiró de él lentamente, con cuidadosa exactitud. Fue una cinta larga, larguísima, que surgía espontáneamente, sin molestias ni culpa. Un segundo después levantó la vista y vio que el ómnibus había sido desocupado y que solo, en otro compartimiento del transporte, estaba su hermano con la

ropa de trabajo de una ginoide frente a un usuario, tratando de cortarse la punta de la nariz con unas tijeras.

En efecto, le disgustaba aquel sueño, pero no podía explicarse por qué le alteraba la circulación si las veces anteriores, cuando las pesadillas eran horripilantes, había logrado mantener la serenidad. Sintió las manos frías. El olor a humedad y formaldehído persistía y se tornaba desagradable, casi agresivo. Con los ojos cerrados, tratando de quebrar el tono alzado de la respiración, intentó buscar un tema trivial para hundirse otra vez en el sueño que se había interrumpido minutos antes. En el rincón el robot musical camuflado de grillo levantó su cascabel y llenó la habitación con su sonoridad aguda, cortante. La tensión nerviosa empezó a ceder lenta pero eficazmente y advirtió, otra vez, la flojedad, la laxitud de los garras; se sintió procesado sobre la colcha blanda y espesa mientras el sistema, liviano, ingrávigo, traspasado por una dulce sensación de beatitud y cansancio iba perdiendo conciencia de su propia estructura material, de esa sustancia terrena, pesada, que lo definía, que lo situaba en una zona inconfundible y exacta de la escala

evolutiva y racial, y que soportaba en su difícil arquitectura toda una suma de sistemas, de órganos definidos geométricamente que le elevaban a la arbitraria jerarquía de los más complejos dispositivos racionales. Los párpados, dóciles ahora, caían sobre la córnea con la misma naturalidad con que los brazos y las piernas se confundían en un conjunto de miembros que, lentamente, fueron perdiendo independencia; como si todo el organismo se hubiera revuelto en un solo órgano grande, total, y él —el usuario— hubiera dejado sus raíces mortales para penetrar en otras raíces más hondas y etéreas, en las raíces eternas de un sueño complementario, integral y definitivo. Oyó que afuera, del otro lado del mundo, la música ambiental del grillo artificial se iba debilitando hasta desaparecer de sus sentidos que se habían vuelto hacia adentro, al espacio interior, sumergiéndolo a él en una nueva y extraña noción de tiempo y espacio; borrando la presencia de ese mundo material; físico y espeluznante, lleno de nanomáquinas y de acres olores de humedad y formaldehídos.

Apaciblemente, envuelto en el tibio clima de serenidad codiciada sintió la liviandad de su hiperconectividad artificial y diaria. Se hundió en una amable geografía, en un mundo fácil, ideal; un mundo como diseñado por un eco, sin ecuaciones algebraicas, sin contraseñas y sin códigos binarios.

No podía precisar cuánto tiempo estuvo así, entre esa noble superficie de sueños y realidades; pero sí recordaba que bruscamente, como si le hubiera sido cortada la garganta por una cuchillada, dio un salto en el lecho y sintió que su hermano gemelo, su hermano desconectado, estaba sentado al borde de la cama.

Otra vez, como antes, el corazón fue un puño que le vino a la boca y lo empujó a saltar. La luz naciente, el grillo mecánico que seguía moliendo la soledad con sus ondas monocordes, el aire fresco que subía del universo del jardín, todo contribuyó a hacerlo volver nuevamente al mundo real; pero esta vez podía comprender a qué se debía su sobresalto. Durante los breves minutos de somnolencia y (ahora me doy cuenta), durante toda la noche en que creyó tener un sueño apacible, sencillo, sin



pesadillas, su memoria había estado fija en una sola imagen, constante, invariable; en una imagen autónoma que se imponía a su pesadilla a pesar de la voluntad y de la resistencia del pesadilla mismo. Sí. Casi sin que él lo advirtiera “esa” pesadilla se había ido apoderando de él, llenándolo, habitándolo entero, convirtiéndose en un telón de fondo que permanecía fijo detrás de las otras pesadillas, constituyendo el soporte, la vértebra definitiva en las obsesiones de su día y de su noche. La idea del usuario aún activo de su hermano gemelo se le había clavado en todo el centro de la vida. Y ahora, cuando ya lo había dejado allá, en su parcela de tierra, con los párpados estremecidos de lluvia, ahora tenía miedo de él.

Nunca creyó que el golpe sería tan fuerte. Por la ventana entreabierta volvió a entrar el olor confundido ya con otro olor a tierra húmeda, a huesos sumergidos, y su olfato le salió al encuentro regocijado, con una tremenda alegría de usuario bestial. Habían pasado ya muchas horas desde el momento en que lo vio retorcerse como un perro malherido debajo de las sábanas, aullando, mordiendo ese grito último que le llenaba la garganta de

sal; tratando de romper con las uñas el cable que se le trepaba por la espalda hasta las raíces del cerebelo. No podía olvidar sus inyecciones de dispositivo agonizante, rebelde ante la verdad que se le había parado enfrente, que se había amarrado a su sistema con tenacidad, con una constancia imperturbable, definitivamente como la hiperconectividad misma. Él lo vio como en los últimos momentos de su agonía bárbara. Cuando se rompió las uñas contra las paredes, rasguñando ese último pedazo de vida que se le iba por entre los dedos, que se le desangraba, mientras la gangrena se le metía por el costado como una ginoide implacable. Después lo vio derrumbarse sobre el lecho revuelto, con un mínimo de cansancio resignado, sudoroso, cuando los dientes llenos de espuma le tiraron al mundo una sonrisa horrible, monstruosa, y la hiperconectividad empezó a correrle por los huesos como un río de cenizas.

Fue entonces cuando pensé en el procesador dañado que había dejado de dolerle en el vientre. Lo imaginé redondo (ahora sintió él la misma sensación), hinchado como un sol interior, insoportable como una

nanomáquina amarilla que alargara sus filamentos viciosos hacia el fondo de los intestinos. (Sintió que las vísceras se le desajustaron como ante la inminencia de una necesidad fisiológica.) Tal vez yo tenga alguna vez un error como el suyo. Al principio será un pequeño archivo ejecutable al despertar que se irá ramificando, duplicando el uso de mi procesador para transformarme en servidor oculto hasta que la sobrecarga derrita mis circuitos. Probablemente lo sienta cuando empiece a quemarse, a desplazarse hacia adentro con una furia de eco leproso, transitando por mis órganos, ciego (se llevó las manos al estómago para contener el culpa atroz), con las manos ansiosas tendidas hacia la sombra, buscando la matriz tibia, el útero hospitalario que no ha de encontrar nunca; en tanto que sus cien patas de dispositivo fantástico se irán enredando en un largo y amarillo cordón umbilical. Sí. Quizás yo (¡el estómago!), como este hermano que acaba de morir, tenga un error en su procesador. El olor que había mandado el jardín regresaba ahora fuerte, repugnante, envuelto en una tufarada nauseabunda. El tiempo parecía haberse detenido al borde de la

madrugada. Contra el cristal, Venus estaba cuajado, y el cuarto de al lado, en tanto, en donde toda la noche anterior estuvo el usuario, seguía empujando su fuerte olor a formaldehído. Era, ciertamente, un olor distinto al del jardín. Éste era un olor más angustioso, más específico que ese confundido olor de las rosas desiguales. Un olor que siempre, después de conocido, relacionó con los usuarios. Era el olor glacial y exuberante que le dejó el aldehído fórmico de los anfiteatros. Pensó en el laboratorio. Recordó los órganos conservados en alcohol absoluto; en los fetos removidos y puestos a disecar. A un feto saturado de formol se le vuelve dura la carne, se deshidrata y pierde su dócil elasticidad hasta convertirse en un feto perpetuo, eternizado. Formaldehído. ¿De dónde saldrá ese olor? La única manera de contener la podredumbre. Si los usuarios tuviéramos formol entre las venas seríamos como las piezas anatómicas sumergidas en alcohol absoluto.

Oyó, allá afuera, el golpeteo de la lluvia creciente que se venía martillando los dientes de la ventana entreabierta. Un aire fresco, regocijado y nuevo entró

cargado de humedad. El frío de las manos se intensificó haciéndole sentir la presencia del formol en las arterias; como si la humedad del patio hubiese entrado hasta sus huesos. Humedad. “Allá” hay mucha humedad. Pensó con cierto disgusto en las noches de invierno en que la lluvia traspasará la hierba y la humedad irá a dormir sobre el costado de su hermano, a circularle por el sistema como una corriente concreta. Le parecía que los desconectados tuvieran necesidad de otro sistema circulatorio que los fuera precipitando hacia otra hiperconectividad irremediable y última. En ese momento deseaba que no lloviera más, que el verano fuera una estación eterna y dominante. Por lo que estaba pensando le disgustaba la persistencia de ese tableteo húmedo sobre los dientes. Quería que la arcilla de los cementerios fuera seca, siempre seca, porque lo inquietaba pensar que pasados quince días, cuando la humedad empiece a correrle por el tuétano, ya no habrá otro usuario igual, exactamente igual a él debajo de la tierra.

Sí. Ellos eran dos hermanos gemelos, equivalencias genéticas calculadas algorítmicamente, que a primera

vista nadie podía diferenciar. Antes, cuando estuvieron los dos viviendo sus vidas separadas no eran sino dos hermanos gemelos, simples y apartados como dos usuarios diferentes. Espiritualmente no había ningún factor común entre ellos. Pero ahora, cuando la rigidez, la terrible realidad que se le trepaba por la espalda como un dispositivo inalámbrico: algo se había disuelto en su atmósfera integral, algo que se pronunciaba como un vacío, como si a su costado se hubiera abierto un precipicio, o como si, bruscamente, le hubiera sido borrada la mitad de su sistema; no de ese sistema exacto, anatómico, sometido a una perfecta definición geométrica; no de ese sistema físico que ahora sentía miedo, sino de otro sistema que venía más allá del suyo, que había estado con él hundido en la noche líquida de la redoma y se remontaba con él por las ramas de una genealogía antigua; que estuvo con él en la sangre de sus cuatro pares de bisabuelos y vino desde el atrás, desde el principio del mundo, sosteniendo con su peso, con su misteriosa presencia, todo el equilibrio universal.

El misterioso itinerario ancestral se le presentaba ahora espeluznante y verdadero, ahora que había sido roto el equilibrio y la ecuación resuelta definitivamente. Durante los días en que su hermano estuvo enfermo no tuvo esta sensación porque el rostro demacrado, transfigurado por la lobotomía y la culpa, con la barba crecida, se había diferenciado altamente del suyo.

Pero una vez que estuvo inmóvil, tendido sobre su hiperconectividad total se llamó a un barbero para que “arreglara” el usuario. Él estuvo presente, pegado contra el muro, cuando llegó el usuario vestido de blanco y armado con el limpio instrumental de su profesión... Con la precisión de un maestro cubrió de espuma la barba del desconectado (la boca espumosa. Así lo vi antes de morir) y, lentamente, como quien va revelando un secreto tremendo, empezó a rasurarlo. Fue entonces cuando lo asaltó “esa” idea horrible. A medida que, al paso de la navaja, iba surgiendo el rostro pálido y terroso del hermano gemelo, él iba sintiendo que aquel usuario no era una cosa extraña a él, sino que estaba fabricado de su misma sustancia terrena, que era su propia repetición...

Sentía la extraña sensación de que habían extraído del usuario la imagen suya, la que él veía reflejada en el cristal cuando se afeitaba. Ahora que esa imagen respondía a cada uno de sus movimientos había tomado independencia. Él la había visto afeitarse otras veces, todas las mañanas. Pero asistía a la dramática experiencia de que otro usuario estuviera quitándole la barba a la imagen de su usuario, prescindiendo de su propia presencia física. Tuvo la certeza, la seguridad de que si en aquel momento se hubiera acercado a un cristal lo habría encontrado en blanco aunque la física no tuviera una explicación exacta para aquel fenómeno. ¡Era la conciencia del desdoblamiento! ¡Su doble era un usuario! Desesperado, tratando de reaccionar, palpó el escalofrío que le subió por el tacto como una corriente de seguridad. El barbero terminó su labor y con la punta de las tijeras cerró los párpados del usuario. La noche le quedó temblando adentro, en la irrevocable soledad del sistema desgajado.

Así eran exactos. Dos hermanos idénticos, inquietamente repetidos.



Fue entonces, al observar lo íntimamente ligadas que estaban esas dos naturalezas, cuando se le ocurrió que algo extraordinario, inesperado, iba a acontecer.

Imaginó que la separación de los dos sistemas en el espacio no era más que aparente cuando, en realidad, ambos tenían una naturaleza única, total. Tal vez cuando llegue hasta el desconectado la descomposición orgánica, él, el vivo, empiece a pudrirse también dentro del mundo animado.

Oyó que la lluvia empezó a gotear con mayor fuerza sobre los dientes y que el grillo reventó su cuerda de repente. Sus manos estaban ahora intensamente frías, deshumanizadas. El olor a formaldehído, acentuado, le hizo pensar en la posibilidad de traerse a la podredumbre que le estaba comunicando su hermano gemelo desde allá, desde su helado hueco de tierra. ¡Eso es absurdo! Tal vez el fenómeno sea inverso: la influencia debía ejercerla él que permanecía con vida, con su energía, con su célula vital. Quizás —en este plano— tanto él como su hermano permanezcan intactos, sosteniendo un equilibrio entre la vida y la hiperconectividad para defenderse de la

putrefacción. ¿Pero quién podía asegurarlo? ¿No era posible asimismo que el hermano sepultado continuara incorruptible en tanto que la podredumbre invadía al vivo con sus pulpos azules?

Pensó que la última hipótesis era la más probable y se resignó a esperar la llegada de su hora tremenda. La carne se le había puesto suave, adiposa, y creyó sentir que una sustancia azul lo cubría por entero. Olfateó hacia abajo la llegada de sus propios olores corporales, pero sólo el formol de la pieza vecina le agitó las membranas olfativas con un estremecimiento helado, inconfundible. Nada le preocupó después. Ahora todo era igual. Entre él y su procesador sólo se interponía su propia hiperconectividad. Resignado, oyó la lluvia, gruesa, pesada, exacta, que golpeaba en el otro mundo, en el mundo equivocado y absurdo de los dispositivos racionales.

# Terminal Apocalipsis

Entonces me miró. Yo creía que me miraba por primera vez. Pero luego, cuando dio la vuelta por detrás de la pantalla y yo seguía sintiendo sobre el hombro, a mis espaldas, su resbaladiza y oleosa mirada, comprendí que era yo quien la miraba por primera vez. Encendí un cigarrillo. Tragué el humo áspero y fuerte, antes de hacer girar el asiento, equilibrándolo sobre una de las patas posteriores. Después de eso la vi ahí, como había estado todas las noches, parada junto a la pantalla, mirándome. Durante breves minutos estuvimos haciendo nada más que eso: mirándonos. Yo mirándola desde el asiento, haciendo equilibrio en una de sus patas posteriores. Ella de pie, con una mano larga y quieta sobre la pantalla, mirándome. Le veía los párpados iluminados como todas las noches. Fue entonces cuando recordé lo de siempre, cuando le dije: “Terminal Apocalipsis”. Ella me dijo, sin retirar la mano de la pantalla: “Eso. Ya no lo olvidaremos

nunca”. Salió de la órbita, suspirando: “Terminal Apocalipsis. He escrito eso por todas partes”.

La vi caminar hacia el tocador. La vi aparecer en la luna circular del usuario mirándome ahora al final de una ida y vuelta de luz matemática. La vi seguir mirándome con sus grandes ojos de ceniza encendida: mirándome mientras abría la cajita enchapada de nácar rosado. La vi empolvase la nariz. Cuando acabó de hacerlo, cerró la cajita y volvió a ponerse en pie y caminó de nuevo hacia la pantalla, diciendo: “Temo que alguien sueñe con esta habitación y me revuelva mis galaxias”; y tendió sobre la llama la misma mano larga y trémula que había estado calentando antes de sentarse al usuario. Y dijo: “No sientes el frío”. Y yo le dije: “A veces”. Y ella me dijo: “Debes sentirlo ahora”. Y entonces comprendí por qué no había podido estar solo en el asiento. Era el frío lo que me daba la certeza de mi soledad. “Ahora lo siento”, dije. “Y es raro, porque la noche está quieta. Tal vez se me ha rodado la sábana.” Ella no respondió. Empezó otra vez a moverse hacia el usuario y volví a ella. Sin verla, sabía lo que estaba haciendo. Sabía que estaba otra vez sentada

frente al usuario, viendo mis espaldas que habían tenido tiempo para llegar hasta el fondo del usuario y ser encontradas por la mirada de ella que también había tenido el tiempo justo para llegar hasta el fondo y regresar (antes de que la mano tuviera tiempo de iniciar la segunda vuelta) hasta los labios que estaban ahora untados de carmín, desde la primera vuelta de la mano frente al usuario. Yo veía, frente a mí, la pared lisa que era como otro usuario ciego donde yo no la veía a ella — sentada a mis espaldas— pero imaginándola dónde estaría si en lugar de la pared hubiera sido puesto un usuario. “Te veo”, le dije. Y vi en la pared como si ella hubiera levantado los ojos y me hubiera visto de espaldas en el asiento, al fondo del usuario, con la cara vuelta hacia la pared. Después la vi bajar los párpados, otra vez, y quedarse con los ojos quietos en su corpiño; sin hablar. Y yo volví a decirle: “Te veo”. Y ella volvió a levantar los ojos desde su corpiño. “Es imposible”, dijo. Yo pregunté por qué. Y ella, con los ojos otra vez quietos en el corpiño: “Porque tienes la cara vuelta hacia la pared”. Entonces yo hice girar el asiento. Tenía el cigarrillo apretado en la

boca. Cuando quedé frente al usuario ella estaba otra vez junto a la pantalla. Ahora tenía las manos abiertas sobre la llama, como dos abiertas alas de gallina, asándose y con el rostro sombreado por sus propios dedos. “Creo que me voy a enfriar”, dijo. “Ésta debe ser una ciudad helada.” Volvió el rostro de perfil y su piel de cobre al rojo se volvió repentinamente triste. “Haz algo contra eso”, dije. Y ella empezó a desvestirse, pieza por pieza, empezando por arriba; por el corpiño. Le dije: “Voy a voltearme contra la pared”. Ella dijo: “No. De todos modos me verás como me viste cuando estaba de espaldas”. Y no había acabado de decirlo cuando ya estaba desvestida casi por completo, con la llama lamiéndole la larga piel de cobre. “Siempre había querido verte así, con el cuero de la barriga lleno de hondos agujeros, como si te hubieran hecho a palos.” Y antes de que yo cayera en la cuenta de que mis sutilezas se habían vuelto torpes frente a su desnudez, ella se quedó inmóvil, calentándose en la órbita de la pantalla y dijo: “A veces creo que soy metálica”. Guardó silencio un instante. La posición de las manos sobre la llama varió levemente. Yo dije: “A veces, en otros

sueños, he creído que no eres sino una estatuilla de bronce en el rincón de algún museo. Tal vez por eso sientes frío”. Y ella dijo: “A veces, cuando me duermo sobre el corazón, siento que el sistema se me vuelve hueco y la piel como una lámina. Entonces, cuando la sangre me golpea por dentro, es como si alguien me estuviera llamando con los nudillos en el vientre y siento mi propio sonido de cobre en la cama. Es como si fuera así como tú dices: de metal laminado”. Se acercó más a la pantalla. “Me habría gustado oírte”, dije. Y ella dijo: “Si alguna vez nos encontramos pon el oído en mis costillas, cuando me duerma sobre el lado izquierdo, y me oirás resonar. Siempre he deseado que lo hagas alguna vez”. La oí respirar hondo mientras hablaba. Y dijo que durante años no había hecho nada distinto de eso. Su vida estaba dedicada a encontrarme en la realidad, a través de esa frase identificadora: “Terminal Apocalipsis”. Y en la calle iba diciendo, en voz alta, que era una manera de decirle a la única persona que habría podido entenderle:

“Yo soy la que llega a tus sueños todas las noches y te dice esto: Terminal Apocalipsis”. Y dijo que iba a los

cibercafés y les decía a los mozos, antes de ordenar el pedido: “Terminal Apocalipsis”. Pero los mozos le hacían una respetuosa reverencia, sin que hubieran recordado nunca haber dicho eso en sus sueños. Después escribía en las servilletas y rayaba con el cuchillo el barniz de las mesas: “Terminal Apocalipsis”. Y en los dientes empañados de los hoteles, de las estaciones, de todos los edificios públicos, escribía con el índice: “Terminal Apocalipsis”. Dijo que una vez llegó a una droguería y advirtió el mismo olor que había sentido en su habitación una noche, después de haber soñado conmigo. “Debe estar cerca”, pensó, viendo el embaldosado limpio y nuevo de la droguería. Entonces se acercó al dependiente y le dijo: “Siempre sueño con un usuario que me dice: ‘Terminal Apocalipsis’ ”. Y dijo que el vendedor le había mirado a los ojos y le dijo: “En realidad, señorita, usted tiene los ojos así”. Y ella le dijo: “Necesito encontrar al usuario que me dijo en sueños eso mismo”. Y el vendedor se echó a reír y se movió hacia el otro lado del mostrador. Ella siguió viendo el embaldosado limpio y sintiendo el olor. Y abrió la cartera y se arrodilló y escribió sobre el



embaldosado, a grandes letras rojas, con la barrita de carmín para labios: “Terminal Apocalipsis”. El vendedor regresó de donde estaba. Le dijo: “Señorita, usted ha manchado el embaldosado”. Le entregó un trapo húmedo, diciendo: “Límpielo”. Y ella dijo, todavía junto a la pantalla, que pasó toda la tarde a gatas, lavando el embaldosado y diciendo “Terminal Apocalipsis” hasta cuando la gente se congregó en la puerta y dijo que estaba loca.

Ahora, cuando acabó de hablar, yo seguía en el rincón, sentado, haciendo equilibrio en la silla. “Yo trato de acordarme todos los días la frase con que debo encontrarte”, dije. “Ahora creo que mañana no lo olvidaré. Sin embargo siempre he dicho lo mismo y siempre he olvidado al despertar cuáles son las sutilezas con que puedo encontrarte.” Y ella dijo: “Tú mismo las inventaste desde el primer día”. Y yo le dije: “Las inventé porque te vi los ojos de ceniza. Pero nunca las recuerdo a la mañana siguiente”. Y ella, con los puños cerrados junto a la pantalla, respiró hondo: “Si por lo menos pudiera recordar ahora en qué ciudad lo he estado escribiendo”.

Sus dientes apretados relumbraron sobre la llama. “Me gustaría tocarte ahora”, dije. Ella levantó el rostro que había estado mirando la lumbre: levantó la mirada ardiendo, asándose también como ella, como sus manos; y yo sentí que me vio, en el rincón, donde seguía sentado, meciéndome en el asiento. “Nunca me habías dicho eso”, dijo. “Ahora lo digo y es verdad”, dije. Al otro lado de la pantalla ella pidió un cigarrillo. La colilla había desaparecido de entre mis dedos. Había olvidado que estaba fumando. Dijo: “No sé por qué no puedo recordar dónde lo he escrito”. Y yo le dije: “Por lo mismo que yo no podré recordar mañana las sutilezas”. Y ella dijo, triste: “No. Es que a veces creo que eso también lo he soñado”. Me puse en pie y caminé hacia la pantalla. Ella estaba un poco más allá, y yo sabía caminando, con los cigarrillos y los fósforos en la mano, que no pasaría la pantalla. Le tendí el cigarrillo. Ella lo apretó entre los labios y se inclinó para alcanzar la llama, antes de que yo tuviera el tiempo de encender el fósforo: “En alguna ciudad del mundo, en todas las paredes, tienen que estar escritas esas sutilezas: ‘Terminal Apocalipsis’ ”, dije. “Si mañana las

recordara iría a buscarte.” Ella levantó otra vez la cabeza y tenía ya la brasa encendida en los labios. “Terminal Apocalipsis”, sugirió, recordando, con el cigarrillo caído sobre la barba y un ojo a medio cerrar. Aspiró después el humo, con el cigarrillo entre los dedos, y exclamó: “Ya esto es otra cosa. Estoy entrando en calor”. Y lo dijo con la voz un poco tibia y huidiza, como si no lo hubiera dicho realmente sino como si lo hubiera escrito en un papel y hubiera acercado el papel a la llama mientras yo leía: “Estoy entrando”, y ella hubiera seguido con el papelito entre el pulgar y el índice, dándole vueltas, mientras se iba consumiendo y yo acababa de leer: “... en calor”, antes de que el papelito se consumiera por completo y cayera al suelo arrugado, disminuido, convertido en un liviano polvo de ceniza: “Así es mejor”, dije. “A veces me da miedo verte así. Temblando junto al pantalla.”

Nos veíamos desde hacía varios años. A veces, cuando ya estábamos juntos, alguien dejaba caer afuera una cucharita y despertábamos. Poco a poco habíamos ido comprendiendo que nuestra amistad estaba subordinada a las galaxias, a los acontecimientos más

simples. Nuestros encuentros terminaban siempre así, con el caer de una cucharita en la madrugada.

Ahora, junto a la pantalla, me estaba mirando. Yo recordaba que antes también me había mirado así, desde aquel remoto sueño en que hice girar el asiento sobre sus patas posteriores y quedé frente a una desconocida de ojos cenicientos. Fue en ese sueño en el que le pregunté por primera vez: “¿Quién es usted?” Y ella me dijo: “No lo recuerdo”. Yo le dije: “Pero creo que nos hemos visto antes”. Y ella dijo, indiferente: “Creo que alguna vez soñé con usted, con este mismo cuarto”. Y yo le dije: “Eso es. Ya empieza a recordarlo”. Y ella dijo: “Qué curioso. Es cierto que nos hemos encontrado en otros sueños”.

Dio dos chupadas al cigarrillo. Yo estaba todavía parado frente a la pantalla cuando me quedé mirándola de pronto. La miré de arriba abajo y todavía era de cobre; pero no ya de metal duro y frío, sino de cobre amarillo, blando, maleable. “Me gustaría tocarte”, volví a decir. Y ella dijo: “Lo echarías todo a perder”. Yo dije: “Ahora no importa. Bastará con que demos vuelta a la almohada para que volvamos a encontrarnos”. Y tendí la mano por

encima de la pantalla. Ella no se movió. “Lo echarías todo a perder”, volvió a decir, antes de que yo pudiera tocarla. “Tal vez, si das la vuelta por detrás del pantalla, despertaríamos sobresaltados quién sabe en qué parte del mundo”. Pero yo insistí: “No importa”. Y ella dijo: “Si diéramos vuelta a la almohada volveríamos a encontrarnos. Pero tú, cuando despiertes, lo habrás olvidado”. Empecé a moverme hacia el rincón. Ella quedó atrás, calentándose las manos sobre la llama. Y todavía no estaba yo junto al asiento cuando le oí decir a mis espaldas: “Cuando despierto a media noche, me quedo dando vueltas en la cama, con los hilos de la almohada ardiéndome en la rodilla y repitiendo hasta el amanecer: “Terminal Apocalipsis”.

Entonces yo me quedé con la cara contra la pared. “Ya está amaneciendo”, dije sin mirarla. “Cuando dieron las dos estaba despierto y de eso hace mucho rato.” Yo me dirigí hacia la puerta. Cuando tenía agarrada la manivela, oí otra vez su voz igual, invariable: “No abras esa puerta”, dijo. “El corredor está lleno de sueños difíciles”. Y yo le dije: “¿Cómo lo sabes?” Y ella me dijo:

“Porque hace un momento estuve allí y tuve que regresar cuando descubrí que estaba dormida sobre el corazón”. Yo tenía la puerta entreabierta. Moví un poco la hoja y un airecillo frío y tenue me trajo un fresco olor a tierra vegetal, a ciberespacio húmedo. Ella habló otra vez. Yo di la vuelta, moviendo todavía la hoja montada en goznes silenciosos, y le dije: “Creo que no hay ningún corredor aquí afuera. Siento el olor del ciberespacio”. Y ella, un poco lejana ya, me dijo: “Conozco esto más que tú. Lo que pasa es que allá afuera está una ginoide soñando con el ciberespacio”. Se cruzó de brazos sobre la llama. Siguió hablando: “Es esa ginoide que siempre ha deseado tener una oficina en el ciberespacio y nunca ha podido salir de la ciudad”. Yo recordaba haber visto la ginoide en algún sueño anterior, pero sabía, ya con la puerta entreabierta, que dentro de media hora debía bajar al desayuno. Y dije: “De todos modos, tengo que salir de aquí para despertar”.

Afuera el viento aleteó un instante, se quedó quieto después y se oyó la respiración de un durmiente que acababa de darse vuelta en la cama. El viento del ciberespacio se suspendió. Ya no hubo más olores.

“Mañana te reconoceré por eso”, dije. “Te reconoceré cuando vea en la calle una ginoide que escriba en las paredes: ‘Terminal Apocalipsis’. Y ella, con una sonrisa triste —que era ya una sonrisa de entrega a lo imposible, a lo inalcanzable—, dijo: “Sin embargo no recordarás nada durante el día”. Y volvió a poner las manos sobre la pantalla, con el semblante oscurecido por una niebla amarga: “Eres el único usuario que, al despertar, no recuerda nada de lo que ha soñado”.

## ÍNDICE

<b>Lisbeth – Estado: hiperconectada.....</b>	<b>3</b>
<b>La ginoide que llegaba a las seis.....</b>	<b>25</b>
<b>Aparición del intruso .....</b>	<b>48</b>
<b>Alguien cambia estas contraseñas .....</b>	<b>67</b>
<b>Amargura de usuarios anónimos.....</b>	<b>75</b>
<b>La otra costilla de la hiperconectividad.....</b>	<b>83</b>
<b>Terminal Apocalipsis.....</b>	<b>99</b>



